

REAL ACADÈMIA DE CULTURA VALENCIANA
SECCIÓ DE ESTUDIOS IBÉRICOS
“D. FLETCHER VALLS”
ESTUDIOS DE LENGUAS Y EPIGRAFÍA
ANTIGUAS - ELEA
Número 12

*PONENCIAS DEL XXVII SEMINARIO DE
LENGUAS Y EPIGRAFÍA ANTIGUAS*



REAL ACADÈMIA DE
CULTURA VALENCIANA



Universidad
Católica
de Valencia
San Vicente Mártir

Editores: J. Aparicio Pérez y L. Silgo Gauche

Valencia
2012

ÍNDICE GENERAL

PONENCIAS DEL XXVII SEMINARIO DE LENGUAS Y EPIGRAFÍA ANTIGUAS

J. APARICIO PÉREZ <i>Iconografía Ibérica</i>	11
X. BALLESTER; M. TURIEL <i>Otro nuevo Durnacos y nuevos otros minitextos Hispanorromanos y Celtibéricos</i>	31
E. BLASCO FERRER <i>Vascuence *(h) úrbar, Vasco Ubar-, Uber-, Ibar-, Iber- y Paleosardo Úrbara, Úrbera. Íbera e Ibera. Nueva hipótesis sobre "Ιβηρ, Hībērus e Iberia</i>	47
J. F. BLANCO GARCÍA; HERVÁS HERRERA, M. A.; RETUERCE VELASCO, M. <i>Una primera aproximación arqueológica al oppidum oretano de Calatrava la Vieja (Carrión de Calatrava, Ciudad Real)</i>	85
J. VELAZA FRÍAS <i>Los modelos de la epigrafía ibérica: viejas y nuevas ideas</i>	151
L. SILGO GAUCHE <i>La pátera de Tivissa (MLH. C.21.1) y el problema del perfecto en Ibérico</i>	167
L. SILGO GAUCHE <i>Ibérico bankuturiFadiar y otras inscripciones del "Vaso de los Letreros" de Lliria (Valencia)</i>	177
N. MONCUNILL MARTÍ <i>El orden de los Formantes Antroponímicos en la Lengua Ibérica</i>	189

A. J. LORRIO	
<i>El Oppidum Ibérico de Meca y su territorio.....</i>	219
J. FERRER I JANÉ	
<i>Novedades de Epigrafía Ibérica: El Sistema Dual</i>	
<i>Suroriental</i>	243
X. BALLESTER; M. TURIEL.	
<i>Problemático grafito ¿ibérico? sobre sigillata</i>	273
L. SILGO GAUCHE; J. V. MARTÍNEZ PERONA	
<i>Inscripciones ibéricas rupestres del abrigo Tarragón</i>	
<i>(Villar del Arzobispo, Valencia)</i>	281
L. SILGO GAUCHE	
<i>Un nuevo texto inédito para la Paleohispanística</i>	
<i>sobre iglesias de lengua indígena en el s. II.....</i>	291

J. F. BLANCO GARCÍA
Universidad Autónoma de Madrid
MIGUEL ÁNGEL HERVÁS HERRERA*
MANUEL RETUERCE VELASCO**

UNA PRIMERA APROXIMACIÓN ARQUEOLÓGICA AL OPPIDUM ORETANO DE CALATRAVA LA VIEJA (CARRIÓN DE CALATRAVA, CIUDAD REAL)

ABSTRACT: Since 1984, the archaeological excavations had been systematic in the oretani and islamic site of Calatrava la Vieja (Ciudad Real, Spain), a promontory situated at left side of Guadiana river, with a size of six hectares and an ample view of the surrounding plain. One of the most important contribution of the excavations is the presence of an oretani oppidum under the medieval city. However, only a little things we know of it: the wall of heavy stone blocks around part of the settlement and a important volumen of iberian pottery. The houses and other buildings had been destroyed by the islamic urbanism. By the other hand, the archaeological evidence shows that it was occupied also in the Bronze Age and in the First Iron Age, in both cases human groups of a few number of persons. The purpose of this paper is to make a comprehensive analysis of the 1st millennium in this settlement.

KEY WORDS: Pre-Roman Iberia. Iron Age. Oretani. Oppidum. Guadiana river. Ciudad Real province. Iberian wheel-turned pottery. Greek pottery.

RESUMEN: Desde 1984 hasta la actualidad se han venido desarrollando excavaciones arqueológicas continuadas en el yacimiento oretano y medieval de Calatrava la Vieja (Ciudad Real), un cerro amesetado situado junto al Guadiana, de unas 6 ha de extensión y desde el que se tiene un buen control visual de los terrenos circundantes así como del propio río. Una de las aportaciones más importantes de estas ha sido la constatación de que con anterioridad a la ocupación islámica ya fue un destacado oppidum oretano.

* *Parque Arqueológico de Alarcos-Calatrava.*

** *Parque Arqueológico de Alarcos-Calatrava.*

Sin embargo, lo que de este conocemos es aún poco: parte del trazado de sus murallas y abundantes restos muebles descontextualizados (sobre todo cerámica), pues de las viviendas y otras edificaciones que hubo de tener aún no tenemos información. Por otra parte, aunque no son muchas las evidencias, también se produjeron ocupaciones episódicas del cerro durante la Edad del Bronce y la Primera Edad del Hierro. En este trabajo nos proponemos dar a conocer una selección de la documentación reunida hasta hoy y hacer una primera valoración general de esta para obtener una perspectiva de las fases prehistóricas de ocupación del cerro.

PALABRAS CLAVE: Iberia prerromana. Edad del Hierro. Oretanos. Opidum. Río Guadiana. Ciudad Real. Cerámica ibérica. Cerámica griega.

I INTRODUCCIÓN

Desde que en 1984 comenzaran las investigaciones arqueológicas en la ciudad medieval de Calatrava la Vieja, y hasta 2010, año este de la última campaña de excavación realizada, no han dejado de sucederse las noticias y publicaciones en los más diversos foros para ir dando a conocer los resultados de tales trabajos (véanse, entre otros, Retuerce, 1994; Hervás y Retuerce, 2000; *Id.*, 2005; *Id.*, 2009; Hervás, Retuerce y Thiriot, 2009; Retuerce y Hervás, 2004; Melero, Retuerce y Hervás, 2009; Pérez y Retuerce, 2009; Hervás, Retuerce y Juan, 2009). Como es natural, tratándose de un yacimiento con un importante pasado medieval, todos los estudios realizados hasta ahora se han referido a diversos aspectos de este periodo, pues se trata de una fundación del siglo VIII que pervivirá hasta comienzos del XV, momento este último en el que fue abandonada y pasó a convertirse en un despoblado más de la zona. Sin embargo, ya desde las primeras campañas de excavación empezaron a recuperarse, junto a los materiales medievales, si bien en cantidades sensiblemente inferiores, otros pertenecientes a periodos de ocupación anteriores. A momentos de la Edad del Bronce y, en mayor número, de la Edad del Hierro, sobre todo a los de las fases más avanzadas de esta, es decir, a época ibérica u oretana. Sobre esto último, y para ir aclarando cosas, conviene decir que en las páginas que siguen, cuando nos tengamos que referir tanto a Calatrava como al resto de poblados prerromanos de la zona, nos ha parecido más adecuado utilizar preferentemente el término *oretano* en lugar del genérico *ibérico* que habitualmente se emplea, pues aunque la cultura material de los oretanos es ibérica, al disponer de un término específico transmitido por las fuentes, que les singulariza étnicamente porque se aplica a las comunidades que ocupan este territorio relativamente bien acotado, creemos que ese es el término que debemos emplear con más propiedad.

Y dicho esto, a esas fases iniciales de la ocupación del cerro, a las que hasta ahora no se les ha prestado la debida atención, es a las que vamos a dedicar el presente trabajo, bien entendido que nuestro objetivo no será otro que el de llevar a cabo una primera aproximación —evidentemente, provisional— a partir de los escasos restos de estructuras arquitectónicas documentados, pero sobre todo de la cerámica que ha sido recuperada en esos veintiséis años de excavaciones. Si bien la mayoría de la cerámica aparece en contextos medievales —formando

parte de tapiales derrumbados, de niveles de relleno, de basureros, etc.—, resulta muy ilustrativa de unos periodos hasta ahora poco conocidos del yacimiento. Y esto último es así porque, lamentablemente, debido a la gran potencia de los estratos medievales, aún no ha sido posible en ningún sector de este documentar niveles de habitación o estructuras de la Edad del Bronce y tampoco de la Edad del Hierro a los cuales asociar esos materiales, salvo los pertenecientes a la muralla prerromana de la que luego hablaremos y a los restos de lo que se interpretaron como dos hornos domésticos para la fabricación de pan, también prerromanos, exhumados durante una pequeña intervención realizada en 1999 (García Huerta *et alii*, 2006, pp. 159–160, fig. 2). Mientras los restos preoretanos conocidos son ciertamente escasos y lo único que de ellos se puede deducir es que aparentemente responden a ocupaciones temporales de corta duración y, además, quizá protagonizadas por comunidades poco numerosas, los oretanos ya tienen una entidad que nos permite poderlos considerar como pertenecientes a un núcleo prerromano estable, de tamaño mediano, aunque quizá modesto en el contexto poblacional del alto Guadiana.

Al ser el cerámico un conjunto obtenido no estratigráficamente, sino formando parte de contextos medievales, la adscripción de cada recipiente o fragmento a un periodo concreto y la significación cultural que pudiera tener no ha habido más remedio que realizarla conforme a los conocimientos que se tienen de yacimientos de su mismo ámbito geográfico y cultural en los que la documentación obtenida sí que está bien referenciada y fechada gracias, en unos casos, a la presencia de materiales de importación y, en otros, a influencias materiales de ámbitos culturales vecinos en los que las cronologías están relativamente bien definidas. Nos referimos principalmente a los yacimientos de Alarcos–*Lacurris*, La Bienvenida–*Sisapo* y el Cerro de las Cabezas de Valdepeñas, actualmente los mejor conocidos de la zona.

Pero los materiales prehistóricos no son los únicos que se documentan en Calatrava anteriores a la fundación islámica. De manera más escasa que aquellos, aunque de un indudable interés para completar la trayectoria histórica del enclave, se han ido recuperando cada campaña de excavación restos pertenecientes a época romana que también se encuentran descontextualizados, formando parte del relleno de los mismos tapiales. Se trata, sobre todo, de fragmentos de *sigillata* gálica e itálica que evidencian la presencia de población romana en

el cerro desde comienzos del siglo I d. de C. La *sigillata* hispánica altoimperial, más abundante que las producciones anteriores, parece proceder sobre todo de los alfares de Andújar y, mucho más excepcionalmente, de los riojanos. No obstante todo esto, el conjunto más numeroso, con diferencia, es el formado por la *sigillata* hispánica tardía meridional (Orfila, 1993, 2007 y 2008; Orfila y Casado, 1996) en la que predominan los cuencos de pequeñas dimensiones decorados con bandas sencillas o múltiples de burilado. La *sigillata* hispánica tardía procedente de talleres situados en la Submeseta norte también está presente, pero se puede decir que es muy escasa, como lo es la cerámica pintada de tradición indígena. Esta diversidad de materiales, fabricados en zonas distantes, está indicando dos cosas: que Calatrava se encuentra en una buena posición en lo que se refiere al tráfico comercial que discurre por la zona, seguramente junto a una vía norte–sur muy transitada que atravesaría el río Guadiana por este punto, y, en segundo lugar, que al menos parte de quienes residen en el cerro tienen cierta capacidad adquisitiva de productos de calidad foráneos. Es decir, que hay un grupo de residentes cuyo nivel económico es, cuando menos, holgado, y cuyas bases económicas serían la explotación agro ganadera de la vega del Guadiana y quizá del tráfico comercial que se canaliza por esa ruta norte–sur. Desde Antonio Blázquez Delgado (1898), varios han sido los investigadores de la red viaria romana de la Submeseta sur que consideran que por Calatrava la Vieja hubo de pasar una vía, e incluso que desde ella salieran caminos en otras direcciones. Manuel Corchado Soriano (1969, pp. 137–139, fig. 1), por ejemplo, pensaba que era un punto intermedio en el trayecto de Toledo a Córdoba, por un lado, y el inicio de un ramal que conducía a Cástulo y Andújar, por otro. Como seguidamente veremos, estas vías de comunicación son las mismas que están en uso durante toda la época medieval, y que además aparecen una y otra vez en la documentación escrita.

Cierran el repertorio de materiales tardoantiguos varios fragmentos de cerámica visigoda fabricados tanto a mano como a torno y torneta, alguno de ellos decorado con las características estampillas de estos momentos, bien documentadas en yacimientos de los siglos VI y VII d. de C. del centro peninsular.

II CONTEXTO GEOGRÁFICO

La situación geográfica de la Submeseta meridional, en el centro de la Península Ibérica, condiciona en gran medida el desarrollo histórico de Calatrava la Vieja (Figura 1). Es un territorio de altitud media relativamente elevada, dominado por extensas llanuras y con un clima mediterráneo-continental caracterizado por temperaturas extremas y precipitaciones irregulares.

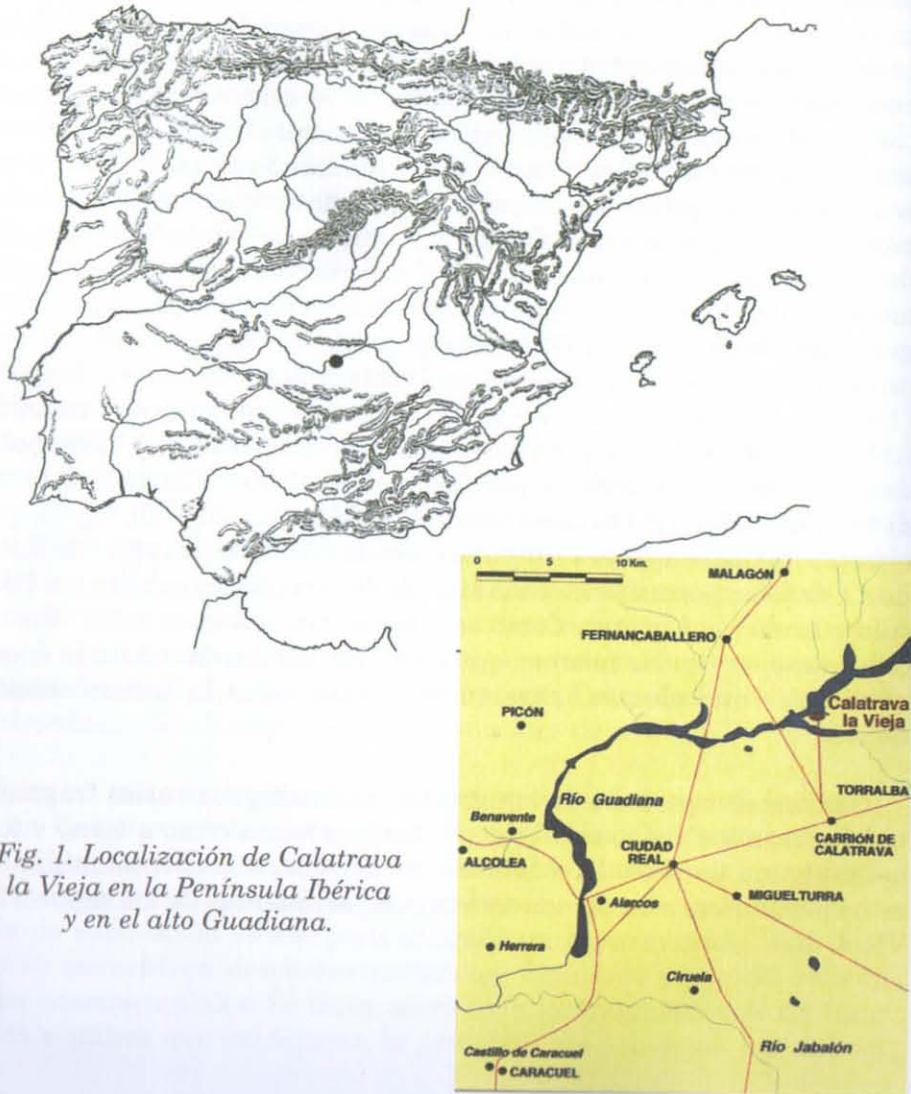


Fig. 1. Localización de Calatrava la Vieja en la Península Ibérica y en el alto Guadiana.

Con una ligera inclinación hacia el sur y el este, la región tiene, en su extremo occidental, los Montes de Toledo, que separan las cuencas del Tajo y el Guadiana, de características muy diferentes. El Guadiana, de escaso caudal y cauce poco profundo, dejó intacto el nivel de calizas antiguas que forma la llanura de La Mancha.

El yacimiento arqueológico de Calatrava la Vieja se localiza dentro del término municipal de Carrión de Calatrava (Ciudad Real), sobre una pequeña elevación amesetada contigua a la orilla izquierda del río Guadiana, unos 15 km al noreste de la capital provincial, y a solo 6 km al norte del núcleo urbano de Carrión de Calatrava (Figuras 2 y 3).

Desde el punto de vista geográfico se encuentra, por tanto, en pleno valle del Guadiana, en un sector en el que el río se interpone entre la comarca natural del Campo de Calatrava, al sur, y las estribaciones de los Montes de Toledo, al norte. En el entorno aflora un extenso sustrato geológico de calizas pontienses que conviven con esporádicos afloramientos cuarcíticos, margas y depósitos de aluvión. En esta



Fig. 2. Vista aérea del cerro de Calatrava desde el oeste, con la alcazaba al fondo y el Guadiana a la izquierda.

zona, el Guadiana discurre con muy poca pendiente debido a la casi absoluta planicie del entorno, lo que ha dado lugar a un valle de erosión fluvial sin encajamiento de la red, jalonado por amplias superficies inundables estacionalmente. Los geógrafos árabes conocieron bien la región pantanosa situada al noreste de Calatrava, describiéndola como el lugar donde el Guadiana superior —nombre con el cual confundían numerosos cursos de agua, como el Guijuela y el Riansares— desaparecía y reaparecía en varias ocasiones antes de emerger definitivamente junto a la ciudad.



Fig. 3. Vista aérea del cerro de Calatrava, desde el norte, con el Guadiana abajo.

III CONTEXTO HISTÓRICO DEL YACIMIENTO

Con unos importantes antecedentes premedievales, que son a los que está dedicado el presente trabajo, para la obtención de una panorámica histórica del yacimiento, conviene decir que Calatrava la Vieja fue una antigua ciudad fortificada de fundación islámica situada en el sector central de la Submeseta sur, en un importante cruce de caminos al abrigo del cual adquirió un gran desarrollo urbano y un indudable valor geopolítico y estratégico. Por Calatrava pasaron, hasta mediados del siglo XIII, la ruta principal entre Córdoba y Toledo, y los caminos de Mérida a Zaragoza y del Atlántico a Levante, lo que generó en torno a ella un intenso tráfico comercial y la convirtió, al mismo tiempo, en punto clave del sistema defensivo de la Meseta, cubriendo los accesos a Córdoba frente a los rebeldes muladíes de Toledo primero, y frente a los reinos cristianos del norte después. Pese a la escasa altura del cerro sobre el que se levanta la ciudad, desde sus murallas se obtiene un amplio dominio visual del entorno, especialmente sobre el paso natural de los Montes de Toledo, gracias a la extensa planicie circundante.

El alto valor estratégico de su emplazamiento explica el papel decisivo que tuvo durante la Alta y la Plena Edad Media, periodo a lo largo del cual Calatrava fue, sucesivamente, capital de un extenso distrito andalusí —era la única ciudad existente en el camino entre Córdoba y Toledo—, posesión templaria, y lugar de fundación de la más antigua orden militar hispana, que tomó el nombre propio del lugar.

Como se ha dicho, fue fundada en el siglo VIII por el emirato cordobés con el fin de controlar el vado del Guadiana en el camino principal de Córdoba a Toledo. La primera noticia documental de su existencia data del año 785. En época omeya, Calatrava desempeñó un papel decisivo a favor de Córdoba en las diversas rebeliones beréberes y muladíes que se sucedieron en la Meseta durante los siglos VIII y IX. Entonces, sus defensas se limitaban a una pequeña fortaleza en el extremo oriental del cerro construida a base de tapial de tierra y mampostería.

Su importancia aumentó a raíz de su destrucción por los rebeldes toledanos en el año 853, y de su inmediata reconstrucción por orden del emir Muhammad I. A partir de esa fecha, y como capital de una exten-

sa región dividida en numerosos distritos, se convirtió en el principal símbolo y punto de apoyo del poder central cordobés en la zona, siendo el lugar más poblado entre Córdoba y Toledo hasta principios del siglo XIII. La ciudad quedó entonces amurallada en todo su perímetro, y rodeada por un profundo foso artificial, convirtiéndose en una especie de isla dotada de llamativos ingenios hidráulicos y sistemas defensivos, algunos de ellos desconocidos hasta entonces en al-Andalus.

Tras la abolición del califato de Córdoba, en 1031, Calatrava gozó de cierta autonomía, al tiempo que los reinos taifas de Sevilla, Córdoba y Toledo se disputaban su posesión; finalmente, cayó en la órbita de este último. La toma de Toledo por Alfonso VI, en 1085, precipitó la llegada de los almorávides, que convirtieron Calatrava en la vanguardia de al-Andalus frente al reino castellano-leonés entre finales del siglo XI y mediados del siglo XII.

Tomada por Alfonso VII en 1147, se convirtió en la plaza cristiana más avanzada frente al Islam. Después de fracasar la encomienda otorgada a los templarios (ca. 1150), fue concedida por Sancho III de Castilla a la orden del Cister (1158), lo que dio lugar al nacimiento de la primera orden militar autóctona de la Península Ibérica: la Orden de Calatrava. Perteneció al reino castellano hasta que los almohades la recuperaron para el Islam a raíz de su victoria en la batalla de Alarcos (1195), y la convirtieron en la vanguardia de su imperio frente a Castilla.

Alfonso VIII retomó definitivamente Calatrava el 30 de junio de 1212, pocos días antes de la batalla de las Navas de Tolosa. La vieja ciudad del Guadiana, que fue devuelta inmediatamente a la Orden de Calatrava, inició a partir de entonces un irreversible proceso de decadencia. La nueva realidad política y socioeconómica de la región dio lugar a la completa desarticulación de los condicionantes geoestratégicos que habían asegurado durante siglos la prosperidad del lugar. Calatrava, ubicada en un lugar malsano y demasiado lejos de la nueva línea de frontera, no era ya la sede más adecuada para la Orden, cuya cabeza se trasladó muy pronto a la fortaleza de Dueñas (1217), reforzada al efecto y rebautizada como Calatrava la Nueva.

La antigua Calatrava, citada desde entonces como Calatrava la Vieja, quedó como cabeza de una encomienda más de la Orden, y fue languideciendo durante los siglos XIII y XIV. De hecho, no llegó a

alcanzar la Edad Moderna, ya que a lo largo del siglo XV, la sede de la encomienda fue trasladada primero al actual despoblado de El Turrillo (hacia 1418), y después a Carrión de Calatrava. A comienzos del siglo XVI, Calatrava la Vieja aparece ya completamente abandonada, convertida en un despoblado arruinado próximo al viejo camino entre Andalucía y Toledo.

Todo este denso pasado medieval es el que en parte explica que los niveles arqueológicos pertenecientes a todos los periodos anteriores se encuentren, presumiblemente, bastante alterados, cuando no totalmente desmantelados en algunas zonas del yacimiento, como pudiera ser la de la alcazaba. En este sentido, es bastante indicativo que los materiales con los que hemos elaborado este trabajo, en su día, formaran parte de estructuras o de depósitos medievales.

IV HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN

Al margen de las noticias proporcionadas por las fuentes escritas, tanto medievales como cristianas, y de diversas referencias bibliográficas aportadas en su mayoría por eruditos locales, el interés despertado por Calatrava la Vieja entre los investigadores fue siempre escaso, y se ha producido, además, en época muy reciente. Este hecho no deja de ser sorprendente, teniendo en cuenta la notable entidad arquitectónica de sus restos, gran parte de ellos visibles desde siempre a los ojos del visitante, y su situación en un terreno llano de fácil acceso, muy cerca de la actual capital provincial (Ciudad Real).

Ya en época contemporánea, y aparte de las extensas referencias incluidas en los conocidos diccionarios de Pascual de Madoz (1845–1850) y del historiador provincial Inocente Hervás (1899), el primero en ocuparse del estudio de Calatrava la Vieja fue Leopoldo Torres Balbás (1957), quien, centrándose fundamentalmente en el pasado histórico de la ciudad, se limitó a hacer una somera descripción de las ruinas y a confeccionar el primer croquis conocido de la planta del recinto. La vaguedad de sus descripciones y la atribución de unas cronologías excesivamente amplias a las estructuras existentes permiten sospechar que dicho autor advirtió, ya por entonces, que los sobresalientes restos arquitectónicos visibles en el yacimiento implicaban una total revisión de sus propuestas anteriores.

Muy posterior, y bastante más detallado, fue el trabajo monográfico realizado por Amador Ruibal (1984), que fue el primer estudio en advertir la notable antigüedad de las torres albarranas del lugar, al datarlas en época omeya. Referencias menores a Calatrava la Vieja se pueden encontrar también en las obras de Julio González (1975, I, pp. 223–225) y Manuel Corchado (1982, pp. 191–193), entre otros.

Los trabajos arqueológicos en Calatrava la Vieja no comenzaron hasta el año 1984, como al principio hemos apuntado. Desde entonces, la investigación en el yacimiento se ha desarrollado de manera ininterrumpida, hasta 2010¹, avalada en los primeros años por el Museo Arqueológico Nacional de Madrid y después por el Museo Provincial de Ciudad Real, y financiada en todo momento por la Consejería de Cultura de la Junta de Comunidades de Castilla–La Mancha.

Con el proyecto que se inició en Calatrava la Vieja en el referido año se persiguió no solo la obtención de avances en el conocimiento de todos los aspectos relativos al yacimiento —especialmente en los que atañen al recinto defensivo—, sino también la recuperación de este en el sentido más amplio, para el público en general. Por ello, desde el año 1997 se ha trabajado en estrecha colaboración con la Escuela–Taller de Alarcos–Calatrava, de cara a la consolidación de varias de las estructuras existentes, al acondicionamiento del lugar para las visitas y a la creación, por parte de la Consejería de Cultura de la Junta de Comunidades de Castilla–La Mancha, del Parque Arqueológico de Alarcos–Calatrava, que desde el 19 de julio de 2003 aúna ambos yacimientos.

Hasta el momento, los principales esfuerzos de la investigación se han centrado en la recuperación del perímetro amurallado y en el estudio de la evolución del alcázar en su conjunto. Asimismo, se comenzó la excavación sistemática del interior de la medina.

Gracias a este proceso, Calatrava la Vieja es hoy uno de los conjuntos arqueológicos más destacados de la Edad Media hispana, ya que posee, entre otros elementos, el único foso islámico conservado completo en Occidente, los primeros ejemplos peninsulares de determinadas estructuras defensivas, el ábside templario más antiguo del reino de Castilla y la primera iglesia de la Orden Militar de Calatrava, además de un perímetro de muralla de casi mil metros de longitud jalonado por más de treinta torres de flanqueo y de la estructura urbana completa de una ciudad medieval con casi siete siglos de ocupación ininterrumpida.

Por lo que se refiere a las fases de ocupación prehistóricas en el cerro de Calatrava, a pesar de que han sido de poca entidad las aportaciones realizadas hasta el momento, en el sentido de que no han servido para trazar un cuadro de referencia de cierta consistencia, tienen el mérito de haber constituido retazos de información que han resultado ser muy útiles para la realización del presente trabajo y las apreciaciones que sobre ellas se han hecho en gran parte se ven aquí confirmadas y ampliadas con más detalles. Así, en 1987 López Rozas hacía unas interesantes precisiones sobre la fase de ocupación ibérica del enclave a partir de algunos materiales que en él habían sido recuperados (López Rozas, 1987, p. 347). Al año siguiente, Amador Ruibal (1988), en un escueto artículo sobre hallazgos cerámicos en Ciudad

Real, mencionaba la presencia de cerámica ibérica y romana en Calatrava pero ni daba detalles de estas ni aportaba documentación gráfica. Patiño Gómez, por su parte, se hacía eco de sendos fragmentos de cerámica griega, sobre todo *kylikes* de figuras rojas, que estaban depositados en el Museo Provincial de Ciudad Real y habían pertenecido a la colección Eduardo Tello, obtenidos en su superficie (Patiño Gómez, 1988, p. 303). De nuevo este trabajo carece de la siempre necesaria documentación gráfica que posibilita la realización de estudios detallados de cada uno de los fragmentos, como tampoco aparece en la corta referencia que a estos hicieron García Huerta y Morales Hervás (1999, p. 336) en su estudio general sobre la cerámica griega en las provincias de Ciudad Real y Toledo.

Unos años más tarde, en 2006, los autores citados en último lugar realizan algunas precisiones sobre Calatrava, al clasificarla entre los *oppida* de más de cinco hectáreas, pues estimaron, con acierto, que hubo de tener unas seis; mencionan la existencia de restos arquitectónicos pertenecientes posiblemente a dos hornos domésticos para fabricar pan, habida cuenta su similitud con algunos de los excavados en Alarcos y el hecho de que a su alrededor los sedimentos eran muy cenicientos; y concluyen sugiriendo la posible existencia de un santuario en sus inmediaciones al considerar cómo en la zona se ha hallado algún exvoto, si bien en esta ocasión no dan indicaciones de cómo se produjo el hallazgo, del tipo al que pertenece o de su paradero. Estos últimos aspectos tampoco son aclarados en el trabajo de Benítez de Lugo (2004) sobre los santuarios de la Oretania septentrional en el que refiere los exvotos conocidos hasta el momento. Habremos de esperar hasta 2010, cuando el propio Morales Hervás publica un estudio sobre el poblamiento ibérico de la región, para obtener más indicaciones al respecto, pues concreta que realmente son dos los exvotos hallados, uno de los cuales pertenece a un guerrero, al llevar la cabeza cubierta con casco, y el otro posee el cuerpo cubierto por una túnica larga que le llega a los pies. Especifica además que los halló un aficionado en un paraje situado a unos dos km al norte de Calatrava la Vieja (Morales Hervás, 2010, pp. 182 y 212), dato que le conduce a sugerir que posiblemente existió en esa zona una especie de santuario rural.

Simultáneamente a este trabajo, García Huerta y Morales Hervás, junto con J. Vélez, L. Soria y D. Rodríguez, amplían datos sobre los hornos de Calatrava en un trabajo precisamente dedicado al estudio de los hornos de pan que se tienen constatados en la Oretania sep-

tentrional (García Huerta *et alii*, 2006, pp. 159–160, fig. 2). Un dato añadido que nos parece de suma importancia es la referencia que hacen a que en el lugar en el que fueron documentados advirtieron la existencia de dos niveles: “un nivel ibérico y otro de cerámicas a mano bruñidas correspondientes a un momento del Bronce Final–Hierro I” (*Id.*, 2006, p. 159). Según esto, no todo en el cerro de Calatrava se encuentra alterado por el urbanismo medieval, sino que cabe la posibilidad de que en determinadas zonas de este queden niveles del primer milenio a. de C. intactos o poco removidos. Por lo que a la datación de los hornos respecta, Morales Hervás (2010, pp. 102 y 225) indica que podrían ser de finales del siglo VII o inicios del VI a. de C., a juzgar por los materiales cerámicos recuperados junto a ellos. En diferentes partes de este trabajo, el citado autor recoge de nuevo todos los datos de los que aquí nos hemos hecho eco, con pocas variaciones (Morales Hervás, 2010, pp. 94, 102, 120, 225, 255–261...), salvo en lo que se refiere a los dos exvotos referidos.

V CALATRAVA ANTES DE LOS ORETANOS

La ciudad oretana de Calatrava no surge de la nada, sino que previamente a su formación en el solar en el que se sitúa se tiene documentada la presencia de grupos humanos prehistóricos. No tiene nada de extraño que las primeras fuesen gentes de la Edad del Bronce, debido a sus atractivas condiciones topográficas, su ubicación en un punto en el que es fácilmente vadeable el Guadiana y el hecho de que en sus inmediaciones se localizan varios yacimientos fechados en distintos momentos de ese periodo e incluso del Calcolítico. A este último podría corresponder un hacha de piedra pulimentada, seguramente basalto (Figura 5), de similares características a las que tienen varios de los hallados en el yacimiento de El Toril (Poyato y Espadas, 1994, p. 56, lám. IV, 1-4 y 7). No obstante, resulta difícil adscribir a un periodo concreto los útiles de este tipo cuando están descontextualizados, como ocurre con el nuestro, y como no hay más materiales de este periodo, lo más probable es que sea de momentos posteriores, quizá del Bronce Final, como luego veremos.

De los yacimientos pertenecientes a la Edad del Bronce, los más destacados en la zona, por su peculiar arquitectura, son las motillas (Martín *et alii*, 1993; Fernández-Miranda *et alii*, 1994; Nájera y Molina, 2004), de las cuales la más cercana a Calatrava es la del Quintillo (Benítez de Lugo, 2009, p. 69)², y algo más alejadas, la de Torralba (Hervás y Buendía, 1899; García Huerta, Izquierdo y Onrubia, 1994, p. 30, n.º 197) y la del Cura (Benítez de Lugo, 2009, p. 69). Pero además de ellas, las recientes prospecciones llevadas a cabo para la elaboración de diversas Cartas Arqueológicas de la provincia de Ciudad Real han permitido descubrir, en un radio de unos 14 km, cerca de treinta puntos en los que se constatan materiales cerámicos de la Edad del Bronce, en los términos de Carrión de Calatrava, Torralba de Calatrava, Fernancaballero y Miguelturra³. Si tenemos en cuenta que, evidentemente, todos estos establecimientos no fueron coetáneos y que la mayor parte de ellos parecen ser de corta duración y dimensiones muy modestas, es posible que muchos respondan a desplazamientos temporales de pequeñas comunidades humanas, pues no debemos olvidar que estamos en una de las zonas a través de las cuales es más fácilmente vadeable el Guadiana y, por tanto, más transitada a lo largo de la historia. Cumplida cuenta de este hecho es el que en los yacimientos de Corredera y Colonia Vieja I (ambos en Miguelturra), así

como en Alarcos (Fernández Rodríguez, De Juan García y Caballero Klink, 1993, p. 38; García Huerta y Rodríguez, 2000, pp. 51-52, fig. 4) comparezcan cerámicas de Cogotas I, lo que significa que por diversos puntos de esta zona atravesaban el Guadiana gentes de lugares muy distantes.

Por ahora son pocos los materiales de la Edad del Bronce hallados en Calatrava la Vieja, e incluso algunos de ellos de adscripción cronocultural dudosa por lo deficiente de su estado de conservación. No es rara tal escasez, porque, en general, en los poblados oretanos no son habituales los restos del Bronce Antiguo o Medio. Al Bronce Final Cogotas I pertenece un fragmento de cerámica decorado bajo el labio con una banda de zig-zag impresa y en el cuello con una serie de impresiones dispuestas en curva que podrían responder a uno de los clásicos diseños en guirnalda (Figura 4). En dicha banda quedan restos de pasta roja de incrustación. Algunos otros fragmentos de pequeño tamaño, superficies burdas, muy erosionados, mal conservados y carentes de decoración, po-



Fig. 4. Fragmento cerámico del Bronce Final (Cogotas I).

drían ponerse en relación con el que acabamos de referir, pero teniendo en cuenta que la cerámica a mano en los *oppida* de esta zona se sigue fabricando hasta momentos avanzados, no tenemos la seguridad de que algunos más puedan ser de su mismo periodo.

También con ese Bronce Final Cogotas I podríamos poner en relación el hacha de piedra arriba mencionada (Figura 5), así como un fragmento de punta de cuchillito tallado sobre lámina de sílex blanco, aunque no podemos descartar que pertenezca a una fase anterior, de considerar esos posibles fragmentos de cerámica del Bronce Antiguo y Medio.

Mejor documentada que estas fases de la Edad del Bronce tenemos en Calatrava la transición del Bronce Final al Hierro I y los momentos iniciales de este último, fechable todo ello entre finales del siglo VIII y el 650 a. de C. Algunos restos materiales recuperados en el yacimiento parecen indicar cómo en estos momentos, de nuevo, el lugar debió de acoger a una pequeña comunidad humana, ahora ya del recién inaugurado *Hierro Antiguo*.



Fig. 5. Hacha pulimentada quizá del Bronce Final.

Quizá el fragmento de cerámica más representativo de esta fase sea un borde de cuenco u ollita cuyo hombro ha sido decorado con una composición geométrica acanalada y el labio con impresiones transversales rectas (Figura 7). Sin muchas dificultades, se puede decir que pertenece a ese horizonte de cerámicas acanaladas identificado en yacimientos de la Submeseta sur tan conocidos como el madrileño Cerro de San Antonio (Blasco, Lucas y Alonso, 1985, p. 269, lám. II, 2; *Ead.*, 1991, p. 116, fig. 585–8 y lám. III, 3–6 y 8) o el toledano del Testero de Numancia de la Sagra (Ruiz Zapatero y Lorrio Alvarado, 1988, p. 259, fig. 1), que evidencia unas pálidas influencias de Campos de Urnas. Este tipo de decoración acanalada se acerca bastante a la que aparece en sendos fragmentos cerámicos del Cerro de las Nieves, en Pedro Muñoz (Almagro Gorbea, 1976–78, pp. 136–137, fig. 19, 3), fechados hacia el siglo VII a. de C. (Ruiz Zapatero y Lorrio Alvarado, 1988, pp. 259–260, fig. 3; Fernández Martínez, 1988, p. 364), que al principio se interpretaron como pertenecientes a un hipotético nivel fundacional del poblado pero que después se demostró que tal nivel era ficticio (Fernández Martínez, Hornero y Pérez, 1994, p. 114), pudiendo tratarse de perduraciones, en tiempos ibéricos antiguos ya, de un ambiente cerámico más antiguo (*Id.*, 1994, p. 119). Esto no es nuevo en la Submeseta meridional —como se observa en el conquense Cerro de los Encaños (Gómez Ruiz, 1986, p. 335)—, y no quiere decir que se haya producido también en Calatrava, pero sí constituye un serio aviso, máxime cuando los nuestros son materiales hallados fuera de contexto.

No obstante esta circunstancia, existen claros indicios de que se han producido unos procesos e influencias materiales, que en nada nos sorprenden en la zona en la que se enclava Calatrava. Puede que el más significativo de ellos sea el de la presencia de varios fragmentos pertenecientes a cuencos carenados de excelente factura, cuyas superficies han sido bruñidas hasta alcanzar un peculiar brillo acharolado (Figura 6) y que parecen estar inspirados en recipientes del Bronce Final e inicios del Hierro I de la alta Andalucía y el sureste peninsular, donde en yacimientos tan conocidos como Los Saladares o La Peña Negra I de Crevillente, por ejemplo, son tan abundantes (González Prats, 1990, pp. 71–72). Con estas mismas zonas se están vinculando recipientes como los nuestros hallados en el Cerro de Las Cabezas de Valdepeñas (Esteban Borrajo *et alii*, 2003, pp. 24–25, fig. 6). No obstante esto, es posible que parte de estos no procedan de esas comarcas, sino del bajo Guadalquivir, tal como se interpretan los



Fig. 6. Fragmentos cerámicos a mano, careados.



Fig. 7. Fragmento cerámico con decoración acanalada, de influencia Campos de Urnas.

de Alarcos decorados con pinturas rojas (García Huerta y Rodríguez, 2000, pp. 57–58, fig. 7), las cuales, por cierto, no comparecen en los vasos de Calatrava.

La plenitud del Hierro I (650–550 a. de C.), fase en la que se advierten influencias del mundo orientalizante, también aparece documentada en Calatrava. En general, tanto la toponimia como los restos materiales demuestran que a la Oretania septentrional llegaron las influencias orientalizantes con menos fuerza que a la meridional, zona esta última que algunos investigadores incluyen dentro del área tartésica hacia finales del siglo VII o inicios del VI a. de C. (Ruiz y Molinos, 2008, p. 67). El que Calatrava se encuentre ubicada en el límite norte de esa Oretania septentrional, explica, al menos en parte, que lo orientalizante esté tan tenuemente presente en ella y no sea comparable con lo que nos muestran *Sisapo* y su entorno e incluso Alarcos y el Cerro de las Cabezas. Al encontrarse a mayor distancia de las áreas nucleares “emisoras de orientalismo”, menos influencias recibiría, pero también, a nuestro parecer, fue determinante el hecho de que al tratarse de un núcleo oretano de menor entidad poblacional que los citados, el grupo de los económicamente pudientes en él, que en definitiva sería el comprador de productos de prestigio foráneos, también sería más reducido numéricamente.

De esta fase, por ahora tan solo se pueden reconocer unos pocos fragmentos cerámicos, algunos de los cuales nos ofrecen ciertas dudas porque podrían pertenecer también al *Ibérico Antiguo*. Tal es el caso, por ejemplo, de una olla realizada a mano de paredes alisadas en cuyo exterior conserva restos de grafito. Si bien su perfil no es exactamente igual, sí es muy similar a algunas ollas de *Sisapo* que se documentan tanto en niveles orientalizantes como del *Ibérico Antiguo* (Fernández Ochoa *et alii*, 1994, p. 209, fig. 116, 42 y 196, fig. 79, 83). De ahí que no se pueda concretar tanto como nos gustaría con estos materiales. En el poblado de Peñarroya (Argamasilla de Alba), las cerámicas grafitadas a la manera a la que está la nuestra y, además, en vasos elaborados con masas arcillosas poco tratadas, como ocurre con el nuestro, de nuevo están presentes tanto en el periodo *Orientalizante* como en el *Ibérico Antiguo* (García Huerta, Morales Hervás y Ocaña Carretón, 1999, pp. 237, 248–249 y fig. 4). Cástulo nos ofrece algunos datos más: la variedad de perfiles de ollas del tipo de la de Calatrava es considerable y se han venido fechando desde unos momentos no bien determinados del siglo VIII a. de C., quizá sus finales, hasta inicios del VI a.

de C. (Blázquez Martínez y Valiente Malla, 1981, p. 154, fig. 110, 982, 988 y 990; 155, fig. 112; 163, fig. 119, 1053; 172, fig. 126, 1099; 189, fig. 142, 1210, etc.), lo cual casa bastante bien con el registro de *Sisapo* y con las estimaciones realizadas en Peñarroya. En Cástulo, más que en ningún otro enclave de la zona oretana, están los precedentes de este tipo de ollas, lo que unido al tratamiento con grafito, algo también muy característico de las cerámicas manuales de este yacimiento (Barroso Bermejo, 2002, p. 134), nos permite vincular nuestro vaso con este importante centro urbano protohistórico.

La cerámica gris claramente perteneciente a este periodo constituye un conjunto poco numeroso, formado sobre todo por cuencos y platos. Dentro de estos últimos, el rasgo más destacado es el engrosamiento hacia el interior que muestran algunos de sus bordes, a veces con hendidura bien marcada, y cuyos paralelos más cercanos los encontramos en el estrato 11a de *Sisapo* (Fernández Ochoa *et alii*, 1994, pp. 146 y 202, fig. 98, 5). Entre los cuencos, destaca uno de 28,7 cm de diámetro de boca, con algo de engrosamiento al interior y molduras en el hombro, que de nuevo es en *Sisapo*, en el estrato 12b concretamente, fechado a partir de mediados del siglo VII a. de C., donde encontramos los referentes más ajustados (*Id.*, 1994, pp. 145 y 207, fig. 112, 14 y 15).

Por otra parte, teniendo en cuenta los materiales cerámicos recuperados en el nivel en el que se documentaron los dos hornos para la fabricación de pan que se excavaron en 1999, parece que ambos pertenecieron a esta fase del yacimiento (Morales Hervás, 2010, pp. 102 y 225), lo cual da un poco más de consistencia poblacional al asentamiento.

VI LA CIUDAD ORETANA (550-FINALES DEL SIGLO IV/ INICIOS DEL III A. DE C.)

Calatrava la Vieja fue un núcleo oretano profundamente iberizado⁴, como lo fueron *Sisapo*, el Cerro de las Cabezas o Alarcos. Respecto a este último, que es el más próximo a Calatrava, y que incluso se podría decir que es “su hermano mayor”, cuando se comparan tanto sus extensiones como el grado de conservación de sus restos y el interés cultural de lo exhumado para detallar aspectos histórico-arqueológicos, el balance siempre es considerablemente más favorable a Alarcos en todos los sentidos. Tal es así, que en este yacimiento, y como consecuencia de una mejor conservación de los restos de la Edad del Hierro, en algún sector ha sido posible aislar varias fases de ocupación (De Juan, Fernández y Caballero, 1994, pp. 149–150), recuperar parte de su trazado urbano de época plena (Fernández Rodríguez y García Huerta, 1998; Fernández Rodríguez, 2000; Benítez de Lugo, Esteban Borrajo y Hevia Gómez, 2004, p. 78 y fig. de p. 77) e incluso realizar hipotéticas recreaciones de este, algo que por ahora es impensable en Calatrava, y que únicamente sus modestos restos cerámicos ofrecen algunas posibilidades para la periodización. El de Alarcos fue un núcleo poblacional de gran importancia en la Oretania, a juzgar por las dimensiones que alcanzó en la plenitud de la época ibérica o la cantidad, calidad y diversidad de materiales muebles que ha entregado. Pero no queremos dejarnos arrastrar, al menos más de lo necesario, por las comparaciones entre estos dos enclaves tan semejantes en tantas cosas, sino ahondar en las peculiaridades del de Carrión, que las tiene y son las que justifican el presente trabajo.

Hasta ahora, y como más arriba ya hemos señalado, varios investigadores dedicados al estudio de la Oretania prerromana se han hecho eco de la presencia de materiales de época ibérica en Calatrava la Vieja⁵, lo que, de manera más o menos directa, ha dado pie a pensar que antes de su destacado protagonismo en tiempos medievales hubo de ser un núcleo poblacional oretano de cierta consideración. Pero esto último se ha deducido no en virtud de esos restos materiales muebles, hasta ahora con una importancia cuantitativa y cualitativa limitada, sino de las posibilidades teóricas de ocupación que ofrece la meseta del cerro, de su buena ubicación en un cruce de caminos naturales y de las excelentes condiciones que para la explotación agroganadera tiene el medio en el cual se localiza. Y es que, a diferencia de *Sisapo*

o de Cástulo, que tuvieron en la explotación de los metales de sus respectivas comarcas uno de los pilares económicos fundamentales a lo largo del primer milenio a. de C., la principal riqueza de Calatrava preoretana y oretana seguramente la constituyeron la agricultura y la ganadería.

A. EL ESPACIO URBANO

Si consideramos que los restos de la ocupación medieval están empastando parte de los de época ibérica, la superficie urbana que pisaban los oretanos de Calatrava se encontraba a un nivel 2 o 3 m por debajo del que pisaban las gentes medievales, por lo que la ciudad oretana destacaría sobre el paisaje circundante menos de lo que lo hizo después la *medina* islámica. Actualmente, hay una diferencia máxima de 20 m entre el punto más elevado del cerro, que se encuentra situado en pleno centro, y el lecho del cauce del Guadiana; y de 14/12 m con relación a los terrenos llanos situados al sur del cerro. Pero si en lugar de la diferencia máxima nos fijamos en la media, las cifras anteriores se reducen a 15 y 9/7 m, respectivamente. Esto quiere decir que durante la Edad del Hierro el suelo urbano de Calatrava se encontraría, de media, a unos 12/11 m sobre el lecho del Guadiana —si convenimos en que el encajamiento del río era similar al actual y no discurría a una altitud algo mayor—, y a unos 8/7 m respecto de los terrenos de labranza que se extienden al sur. En caso de que en los flancos meridional y occidental al exterior de la muralla hubiese dispuesto de un foso, como parece probable y al que más adelante nos referiremos, la sensación de ciudad bien defendida se hubiera visto incrementada y su perfil topográfico tabular notablemente disimulado.

Pero ¿qué tamaño máximo pudo haber alcanzado? Para solucionar esta cuestión únicamente contamos con dos elementos, cuales son las dimensiones de la meseta habitable del cerro y los tramos de la muralla ibérica que se han conservado (Figura 8). Cuando un poblado de la Edad del Hierro ocupa la meseta de un cerro, de un montículo, de un espigón interfluvial, etc., sabida es la tendencia que los residentes muestran a ajustar su perímetro a la línea de cumbres, a los límites naturales que vienen marcados por la propia topografía del solar habitable, siempre y cuando el contingente humano tenga entidad para ello, evidentemente. En Calatrava parece haberse dado esta circunstancia también, pues esos paramentos defensivos a los que acabamos de aludir se localizan a lo largo de la línea de cumbres, con lo que

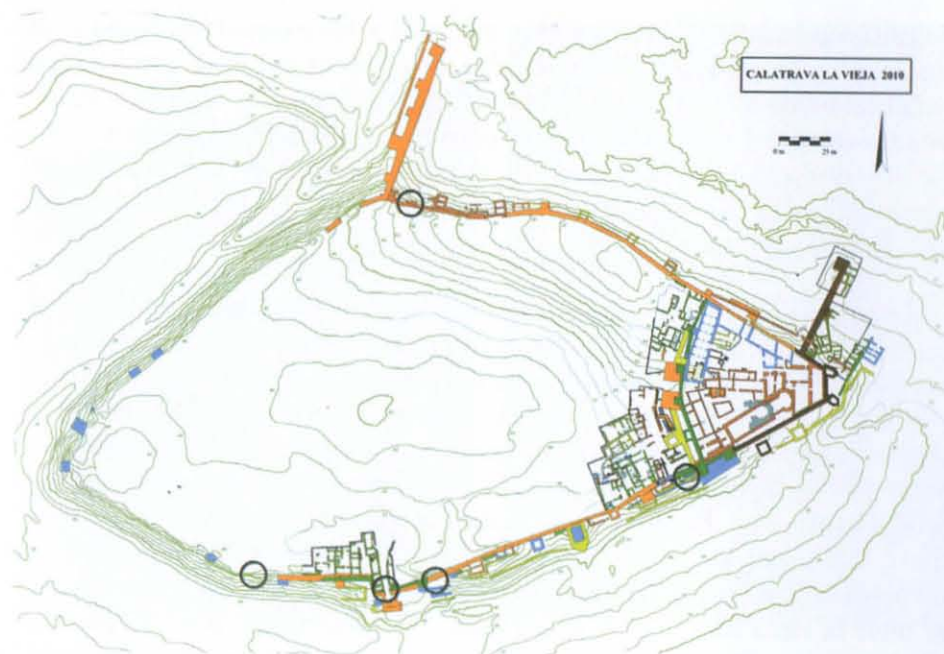


Fig. 8. Topografía de Calatrava, con las estructuras medievales (en color) y los puntos en los que aparecen restos de la muralla ibérica (círculos negros).

de haber estado ocupada toda la meseta de Calatrava estaríamos hablando de un núcleo de unas 6 hectáreas. Por ahora no hay el más mínimo indicio de que fuera del recinto amurallado hubiesen existido construcciones, si bien, de haberlas tenido, tenemos claro que no podrían haber estado adosadas a la muralla, sino a cierta distancia de ella, pues, como hemos señalado en el párrafo anterior, es posible que esta se complementara con un foso.

La muralla la tenemos constatada en cinco puntos del perímetro del cerro: uno en el centro del reborde norte, junto al inicio de la cochera de la *medina* andalusí, y cuatro en el sur. A pesar de las numerosas catas que hemos realizado a lo largo de la línea de cumbres del reborde occidental y también de las extensas excavaciones efectuadas en la zona del alcázar, no se ha podido documentar ni un resto más por ahora, quizá porque estos lienzos fueran desmantelados para reaprovechar sus materiales en las construcciones islámicas, pues Calatrava está enclavada en una zona con escasos recursos pétreos para la construcción y es indudable que los musulmanes sabían de la existencia

de antiguos muros de piedra bajo sus pies y los extraerían como si de una cantera se tratara. Otro aspecto de carácter general, también reseñable, es que comparando el trazado de la muralla andalusí con el de la ibérica, aquella discurrió un poco retranqueada respecto de esta. Es decir, el espacio murado de la *medina* fue algo menor del que encerraron las murallas ibéricas. De media, estas se encuentran a unos dos metros al exterior de aquellas.

Desde el punto de vista técnico es una muralla típicamente ibérica, en el sentido de que está formada por dos paramentos de piedras careadas pertenecientes a la cara externa e interna, y un relleno interior de piedra menuda mezclada con tierra y todo tipo de materiales de desecho (Figuras 9 y 10). Los mampuestos son de dimensiones relativamente grandes en la zona de la base y van disminuyendo a medida que se gana en altura. Están cogidos con barro y es habitual que los bloques de mayor tamaño se ajusten entre sí mediante calzos de piedras menores. La anchura oscila entre los 1,25 m y los 1,50 m, si bien la cara exterior es ataludada. Desconocemos por completo la altura que pudieron haber alcanzado, así como si la parte más alta de la construcción fue ya de barro y/o de madera, como en otros casos se ha podido documentar, o bien todo su desarrollo fue de piedra.

Un aspecto que en las excavaciones ha quedado también suficientemente claro es que dispuso de bastiones o torres, parece ser que bastante salientes respecto de la línea externa de los lienzos. Son estructuras macizas, parece que de planta ultrasemicircular. Aunque esto es algo que tendremos que confirmar en el futuro, todos los indicios apuntan a que su construcción se realizó durante el *Ibérico Antiguo*, ya que es de características similares a las que presenta la denominada “*de bastiones*” de *Sisapo* (Zarzalejos Prieto y Esteban Borrajo, 2007, pp. 286 y 293, fig. 4; Esteban Borrajo y Hevia Gómez, 2008, pp. 86–87, fig. 10). Hasta ahora, y no en todo su perímetro, solo hemos podido documentar uno de estos bastiones (Figura 11) y el arranque de otro. En ambos casos, parece tratarse de añadidos arquitectónicos al lienzo original. Es decir, al menos en la parte de la muralla en la que se han documentado los bastiones, estos se construyeron en un momento posterior a los propios lienzos, si bien es imposible determinar el intervalo de tiempo transcurrido. En *Sisapo*, la fotografía aérea permite reconocer al menos veintidós bastiones (Esteban Borrajo y Hevia Gómez, 2008, p. 88), pero en Calatrava no es posible saber de cuántos dispuso mediante la aplicación de esta técnica, porque los



Fig. 9. Muralla ibérica seccionada.



Fig. 10. Sección transversal de la muralla ibérica.



Fig. 11. Zona basal de la muralla ibérica con inicio de uno de los bastiones (dcha.).

restos de la muralla ibérica están muy empastados por las construcciones y depósitos islámicos, además de que, como hemos señalado, en algunos sectores se han perdido por completo. No tiene nada de extraño el que fuera en este periodo en el que se comenzara a construir la muralla porque por lo que hoy sabemos es un momento en el que muchos de los asentamientos de la Oretania septentrional comienzan a fortificarse. No solo *Sisapo*, sino también el Cerro de las Cabezas (Fernández Maroto, Vélez Rivas y Pérez Avilés, 2007, p. 213; Vélez Rivas y Pérez Avilés, 2009, p. 244; *Id.*, 2010, p. 24).

Otro aspecto que desconocemos de la muralla es el momento en el que queda en desuso, aunque debemos pensar que esto ocurre cuando el poblado se deshabita, allá por los finales del siglo IV o ya dentro del III a. de C.

Tampoco tenemos datos referentes a su estructura urbana, así como en lo que se refiere a las características de sus viviendas y de la probable existencia de edificios de carácter comunitario. Presumiblemente, la viviendas serían muy similares, en dimensiones, estructura y materiales empleados, a las del *Ibérico Pleno* del Sector IV de Alarcos (De Juan, Fernández y Caballero, 1994, p. 150; Fernández Rodríguez y Caballero Klink, 1995, pp. 28 y 35; Fernández Rodríguez, 2008), y diferentes a las del Cerro de las Cabezas en lo que al tipo de piedra empleado se refiere, pues mientras en Calatrava se construye sobre todo con calizas, en el yacimiento de Valdepeñas imperan las cuarcitas. Lo que sí podemos suponer es que algunas de las casas siguieran disponiendo de horno para la fabricación de pan.

Y si desconocemos las características de las edificaciones domésticas, también todo lo referente a los espacios de enterramiento utilizados. A pesar de las prospecciones realizadas en el entorno de la ciudad y del análisis de las fotografías aéreas, hasta ahora no se han podido identificar. Inicialmente, la existencia de dos grandes áreas muy cenicientas situadas a unas decenas de metros al sur del poblado nos hicieron pensar que podrían tratarse de los restos de dos *ustrina*. Sin embargo, tal hipótesis se desvaneció cuando comprobamos que se trataba de áreas de hornos de época islámica. La recuperación de algunos fragmentos cerámicos de tipo ibérico en un espacio situado al oeste de la ciudad, en el centro de la horquilla formada por el cauce del Guadiana y el arroyo Valdecañas, una zona, por tanto, con abundante agua en las cercanías, muy adecuada para la realización de ri-

tuales con ella relacionados, nos hace sospechar que quizá aquí sí que existan evidencias de carácter funerario, si bien esto es algo que está pendiente de comprobación. En general, es poco lo que sabemos del mundo funerario de los oretanos septentrionales. En la provincia de Ciudad Real, hasta ahora, se conocen una docena de lugares; en unos casos, de segura utilización funeraria, pero en otros solo de posible uso para estos fines, al ser el único indicio conocido algún fragmento de escultura pétreo. En cualquier caso, la documentación que han proporcionado estos lugares es escasa, bien por la deficiente conservación de las evidencias, bien por la poca entidad que tienen los ajueres o por las circunstancias extraarqueológicas en las que algunas de ellas han sido descubiertas y los contenidos de las sepulturas extraídos⁶.

Ya para ir finalizando estos aspectos relacionados con la organización de los espacios de Calatrava, nos resta decir que a diferencia de otros enclaves poblacionales de la Oretania septentrional, cuyos nombres son conocidos a través de las fuentes clásicas (Carrasco Serrano, 2007), y en alguna ocasión incluso la propia epigrafía corrobora (caso de *Sisapo*), nada sabemos sobre el nombre que tuvo en época oretana. La historiografía ha asumido desde hace mucho tiempo que las fuentes no citan todos los núcleos existentes en una zona, sino solo aquellos que por su tamaño, su vinculación a algún hecho histórico concreto, su importancia económica, su posición estratégica desde el punto de vista militar o por todo ello a la vez, merecieron ser destacados. Hervás y Buendía, en su *Diccionario histórico-geográfico de Ciudad Real* (1890), y basándose en Ambrosio de Morales, sugirió que podría tratarse de *Litabrum*, opinión que se puede considerar puramente anecdótica y que, como es lógico, no ha tenido seguidores entre los estudiosos del siglo XX. Por otra parte, el que no haya sido mencionada por los autores clásicos, a pesar de que sabemos cómo parte del cerro estuvo ocupado en época romana, como más arriba hemos señalado, puede deberse a que en esos siglos apenas tuviera significación demográfica y económica. Sin embargo, si solo fue un simple villorrio rural no se explica cómo en él están presentes excelentes importaciones de *sigillata* itálica, gálica, así como de otros productos todos los cuales apuntan hacia la existencia de un sector de la población de elevado estatus social y económico, lo que nos da pie a pensar que quizá debiéramos pensar, más que en una comunidad de aldea, en el establecimiento de una familia rica que está explotando la extensa y fértil vega que hay en torno al cerro, los recursos fluviales y posiblemente incluso el tráfico mercantil que por este punto atraviesa el Guadiana. Una

especie de *villa* levantada sobre el solar de una población anterior que estaría en funcionamiento desde la época de Claudio o Nerón, que es a la que corresponden las más antiguas *sigillatas* de importación, al siglo V d. de C.

B. LOS MATERIALES ARQUEOLÓGICOS

Es necesario empezar diciendo que a pesar de los casi treinta años de intervenciones en el yacimiento, si los materiales de época ibérica recuperados no son tan abundantes como cabría esperar de una ciudad de su tamaño, ello se debe a que las excavaciones se han concentrado en las zonas arqueológicamente más atractivas por la monumentalidad de sus estructuras arquitectónicas medievales, pero al mismo tiempo las más alteradas: la de la alcazaba y aquellas por las que discurre la muralla. Esta circunstancia, y el que prácticamente en el noventa por ciento del espacio urbanizable del cerro aún no se haya intervenido, nos da pie a pensar que posiblemente se conserven algunos sectores de la ciudad oretana poco alterados. Las cimentaciones de las casas de la *medina* no son las de los edificios de la alcazaba y es de esperar que en ese amplio espacio las alteraciones del depósito arqueológico subyacente sean de menor calado. Junto a una estancia de la Encomienda medieval, por ejemplo, fue posible hace unos años documentar un nivel de ocupación ibérico y debajo otro perteneciente al Bronce Final/Hierro I (García Huerta *et alii*, 2006, p. 159), lo que nos da esperanzas de que en otros sectores pueda ocurrir lo mismo. Pero esta perspectiva optimista de futuro en nada mejora el que por ahora tengamos que trabajar únicamente con lo que tenemos, que, dicho sea de paso, no es poco.

Pues bien, esos materiales en conjunto indican que la formación de Calatrava como ciudad oretana es consecuencia de un largo proceso, y si a través de ellos tuviéramos que identificar alguna fase de crecimiento rápido (urbano, económico y demográfico), ese claramente se situaría a comienzos del *Ibérico Pleno*, hacia mediados del siglo V a. de C. Dentro del primer milenio a. de C., las fases anteriores a este *Ibérico Pleno* se encuentran muy modestamente reflejadas en el material recuperado, aunque por simple lógica entra dentro de lo posible el que quizá las zonas del cerro en las que mejor se encuentren representadas estas fases hayan sido poco alteradas por las remociones de época medieval y, en consecuencia, a los tapiales de sus edificaciones hayan ido a parar menos materiales arqueológicos. Por otra parte, estos son

los que nos indican que la Calatrava oretana comenzó a declinar en la segunda mitad del siglo IV a. de C. y hacia finales de este o inicios del siglo siguiente parece que ya estaba deshabitada. La impresión de que cada vez era menor el volumen de residentes a finales del siglo IV deriva de la comparación porcentual efectuada entre los materiales de las distintas fases, pues los asignables a estos momentos postreros son bastante más escasos que los de las décadas anteriores.

Hasta finales del siglo I a. de C. o comienzos del siguiente no parece que vuelva a reocuparse, pero el hecho de que aparezca *sigillata* gálica, itálica, buenas producciones hispánicas y una excelente cerámica de tradición indígena, está indicando que un sector de la población que vive en Calatrava a partir de la época de Claudio o Nerón —presumiblemente el de los más ricos o quizá el formado por una única familia detentadora de estos terrenos— poseía un poder de adquisición de productos de lujo foráneos notable. Muy singulares son esas producciones de tradición indígena a las que nos acabamos de referir, ya que se trata generalmente de cuencos hemisféricos de pasta de color rojo ladrillo decorados en la superficie externa con finas líneas paralelas de pintura roja o negra que se complementan con bandas buriladas del más puro estilo romano. A veces, más que un burilado de calidad, lo que se ha hecho es una imitación de burilado bastante torpe y descuidada. Es posible que estas producciones procedan de alguno de los talleres que se tienen constatados en esta zona del alto Guadiana. Lejos de ser materiales residuales, el hecho de que un lote importante proceda de varios estratos del Sector 28 indica claramente que su origen está en el desmantelamiento por parte de los constructores andalusíes de una zona que estuvo ocupada durante el siglo I d. de C.

Refiriéndonos ya a los materiales de época ibérica, al estar descontextualizados, pero ser relativamente fácil de adscribir cada fragmento cerámico a una de las dos fases documentadas (*Ibérico Antiguo* e *Ibérico Pleno*), en primer lugar hemos considerado la categoría cronológica, como parece lógico, y dentro de ella el tipo de producción del que se trate.

B 1. El Ibérico Antiguo (550–450 a. de C.)

En el trabajo pionero de López Rozas (1987) ya se señalaba la presencia de algunas cerámicas pertenecientes a este periodo en Calatrava, razón por la cual en él se situó el inicio del poblado ibérico. Hoy día

sabemos que se comenzó a gestar algo antes, pero lo que no ha cambiado es que los restos cerámicos de esta fase no son muy abundantes, manteniéndose en proporciones similares a los pertenecientes a la “fase orientalizante”, lo cual no deja de ser un poco extraño si, como a primera vista parece, la muralla se pudo haber empezado a construir en estos momentos, de considerar las similitudes que presenta con la muralla de bastiones de *Sisapo*. Quizá, cuando se excave en las zanjas de cimentación de esta para fecharla con más seguridad, empiecen a aparecer en mayor número restos muebles de esta fase, pues una obra pública de esta envergadura requiere un volumen de mano de obra importante y este es el que precisamente no encuentra reflejo en los materiales muebles hasta ahora recuperados. Puede ocurrir también que ese parecido que tiene con la muralla de *Sisapo* se quede solo en eso y verdaderamente se comenzara a levantar a inicios de la época plena, que es cuando los materiales cerámicos sí están indicando un rápido proceso de crecimiento.

Por empezar con la cerámica de elaboración manual, hay que señalar que técnicamente es de buena factura, con superficies alisadas y en algún caso bruñidas, pero las formas documentadas son pocas: cuencos hemisféricos, alguna olla globular y un par de recipientes con las bocas tendentes al cerramiento (Figura 12).

Tampoco es abundante la cerámica a torno pintada, pues se sitúa en proporciones parecidas a las anteriores. Son cerámicas cuyas pastas no alcanzan la solidez y textura superficial que tendrán luego las del *Ibérico Pleno* y tampoco la pintura es de tanta calidad, sino menos espesa, razón por la cual su agarre a la arcilla ha sido menor y en consecuencia su estado de conservación es peor (Figura 13). De las formas documentadas poco se puede decir, pues solo contamos con un borde de perfil muy anguloso y cuello muy marcado perteneciente a una tinajilla (Figura 14) y un par de galbos de vasos de cuerpos globulares.

La cerámica gris, con todas las reservas necesarias, pues son materiales fragmentarios y fuera de contexto, a lo que hay que añadir que las diferencias formales que presentan respecto a las de las fases anterior y posterior son a veces tenues, constituye el conjunto más numeroso de este periodo. Tecnológicamente presenta las mismas características que la de la fase anterior y la subsiguiente, y son sus rasgos formales los únicos que nos sirven para adscribirla a estos momentos. Tal es el caso de un plato de borde engrosado al interior que está bien



Fig. 12. Cerámica a mano del Hierro I y del Ibérico Antiguo.



Fig. 13. Cerámica a torno pintada, del Ibérico Antiguo.

diferenciado del cuerpo mediante una acusada inflexión de la pasta (Figura 15) y que, cómo no, encuentra sus mejores referentes en *Sisapo*, concretamente en los estratos 10a (Fernández Ochoa *et alii*, 1994, p. 198, fig. 85, 17 y 18 y fig. 86, 21 y 23) y 9b (*Id.*, 1994, p. 195, fig. 77, 66 y 67).

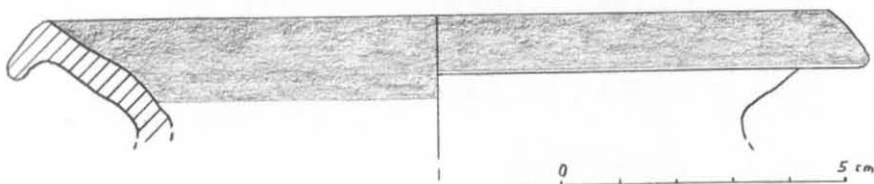


Fig. 14. Tinajilla de tipo urna con pintura roja vinosa, del Ibérico Antiguo.

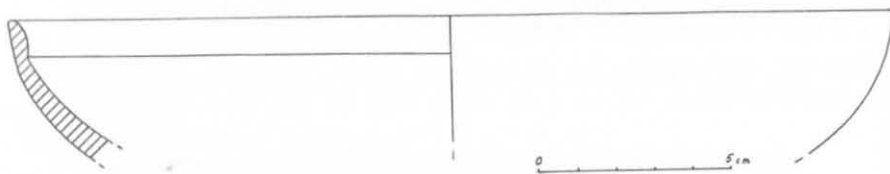


Fig. 15. Plato gris a torno, bruñado, del Ibérico Antiguo.

B 2. El Ibérico Pleno (450–finales del siglo IV/inicios del III a. de C.)

De este periodo que, en general, discurre entre mediados del siglo V a. de C. y finales del III, en Calatrava solo está documentado el siglo V y medio inicial. Sin embargo, hubo de constituir la época de mayor desarrollo demográfico, económico y cultural, pues el grueso de los materiales cerámicos recuperados pertenece a estos momentos. Aunque predominan las producciones ibéricas en sus diversas especialidades alfareras —anaranjadas pintadas, tipo *Valdepeñas*, grises, barniz rojo ibérico, comunes, etc.—, también están presentes las importaciones griegas, aunque, lógicamente, estas constituyen un grupo minoritario.

Por lo que se refiere a los aspectos relacionados con la producción de cerámica, generalmente se admite que en los principales poblados de la Segunda Edad del Hierro existieron alfares y en Calatrava nos consta cómo con alguno hubo de contar en este periodo, pues hemos podido comprobar la presencia de algunos fragmentos con defectos de cocción, si bien no se trata de recipientes de primera calidad, sino de cerámica común y gris (p. ej., CV/12/16/3), además de un soporte troncocónico que también se encuentra deformado por exceso de calor (Figura 23). Seguramente estas producciones locales se harían sobre todo para atender la demanda de las clases sociales más desfavorecidas, pero también la necesidad de recipientes de cocina que igualmente tienen las mejor situadas.

Lo que acabamos de decir nos da pie a pensar que quizá, y con más motivo, también hubiera existido producción local de cerámica en algunos de los periodos anteriormente referidos, pues el modo de vida en ellos estaría menos abierto a las relaciones exteriores, serían gentes más autosuficientes, y parte de sus cerámicas se las tendrían que fabricar ellos mismos. Sin embargo, esto no nos consta por el momento.

La cerámica ibérica de pastas anaranjadas y generalmente decorada con pinturas rojas vinosas, anaranjadas, marronáceas e incluso en algún caso negras, es la más abundante y no muestra diferencia alguna respecto a las documentadas en el resto de asentamientos oretanos desde ningún punto de vista (Figura 16, A–D). Tipológicamente, las formas más corrientes en Calatrava son las tinajillas globulares de tipo urna, las copas, los platos y los cuencos, pero no faltan fragmentos pertenecientes a fuentes de amplio radio, a *kalathos*, anforetas, a alguna tinaja de tipo *dolium*, etc. Las decoraciones son las habituales en este tipo de producciones, generalmente monocromas con pintura roja vinosa pero también bicromas, al incorporar pinturas anaranjadas o negras. Predominan las anchas bandas de pintura homogéneamente extendida, que en unos casos constituyen el elemento único de la decoración pero en otros compartimentan el campo decorativo del vaso para entre ellas alojar fajas de semicírculos concéntricos, de cortinas de líneas sinuosas u otros motivos. Las series de finas líneas horizontales y paralelas entre sí también son corrientes.

Dentro de estas producciones de naturaleza ibérica, capítulo aparte, por lo bien representadas que están en Calatrava, lo forman las deno-



A

B

C

D

E

F

minadas de tipo *Valdepeñas*, aunque sería más propio denominarlas de tipo *Cerro de las Cabezas*. Y aún diríamos más: por su singularidad y la dispersión geográfica que presentan, quizá lo más adecuado fuese denominarlas *oretanas de tipo Cerro de las Cabezas*. Los fragmentos recuperados son numerosos, pertenecieron a vasos de excelente calidad técnica, generalmente cocidos en atmósferas oxidantes homogéneas, aunque varios de ellos presentan cocción de tipo *sandwich* en la que siendo las superficies rojas o anaranjadas el núcleo es gris. El repertorio de formas documentadas es variado, lo cual indica que fue un tipo de cerámica con buena aceptación por parte de los oretanos de Calatrava. Al no contar más que con fragmentos, a veces muy pequeños, de ningún recipiente se ha podido reconstruir la composición decorativa completa, casi siempre combinación de pintura y estampillas impresas pero a veces solo pinturas bícromas. Raramente hay dos fragmentos que pertenezcan al mismo vaso, lo cual nos da una idea de lo mezclados que están los materiales prerromanos del yacimiento. La tinajilla es el tipo de recipiente más común, pero también están presentes los *kalathoi*, los vasos de cuerpo ovoide profundo y borde vuelto similares a algunos de los recuperados en Alarcos (Fernández Rodríguez, 2008, p. 75, fig. 15, 1–3) y en el Cerro de las Cabezas (Esteban Borrajo, p. 70, fig. 2, 3), los cuencos de perfil en “S” y pequeño tamaño e incluso hay un fragmento de tapadera. Prácticamente todos ellos, además de estar pintados con dos o tres tonos de pintura, como es habitual, cuentan con las características estampaciones y en algunos casos con baquetones engalanados con profundas incisiones transversales en forma de uña o media luna. El catálogo de estampillas, con ser variado, dista mucho del documentado en el Cerro de las Cabezas pero es más amplio que el documentado en otros *oppida* de Ciudad Real, pues hasta ahora tenemos registrados treinta tipos de punzones, entre los que destacan las rosetas circulares y las palmetas de varias formas y tamaños (Figuras 17 y 18). También están presentes las ovas, diversos motivos florales, una especie de laurea de doble círculo muy común en Valdepeñas (Almagro-Gorbea, 1976–78: fig. 17, última de la cuarta línea), y algunos esquemas geométricos abstractos cuya identificación resulta difícil. No hay ninguna estampilla en Calatrava que no esté documentada en el Cerro de las Cabezas. Ninguna nueva, pero a su vez, en Calatrava no están constatadas por ahora las singulares representaciones zoomorfas y antropomorfas, tan características del yacimiento de Valdepeñas (Fernández Maroto, Vélez Rivas y Pérez Avilés, 2007, pp. 219–222, figs. 7–11, lám. 2, b–d) y que fuera de este en algún otro también están presentes, como por ejemplo en

Fig. 16. Cerámica del Ibérico Pleno. A–D, a torno pintadas. E, plato gris con decoración bruñida interior. F, olla a mano con baquetón decorado con incisiones oblicuas. A diferentes escalas.

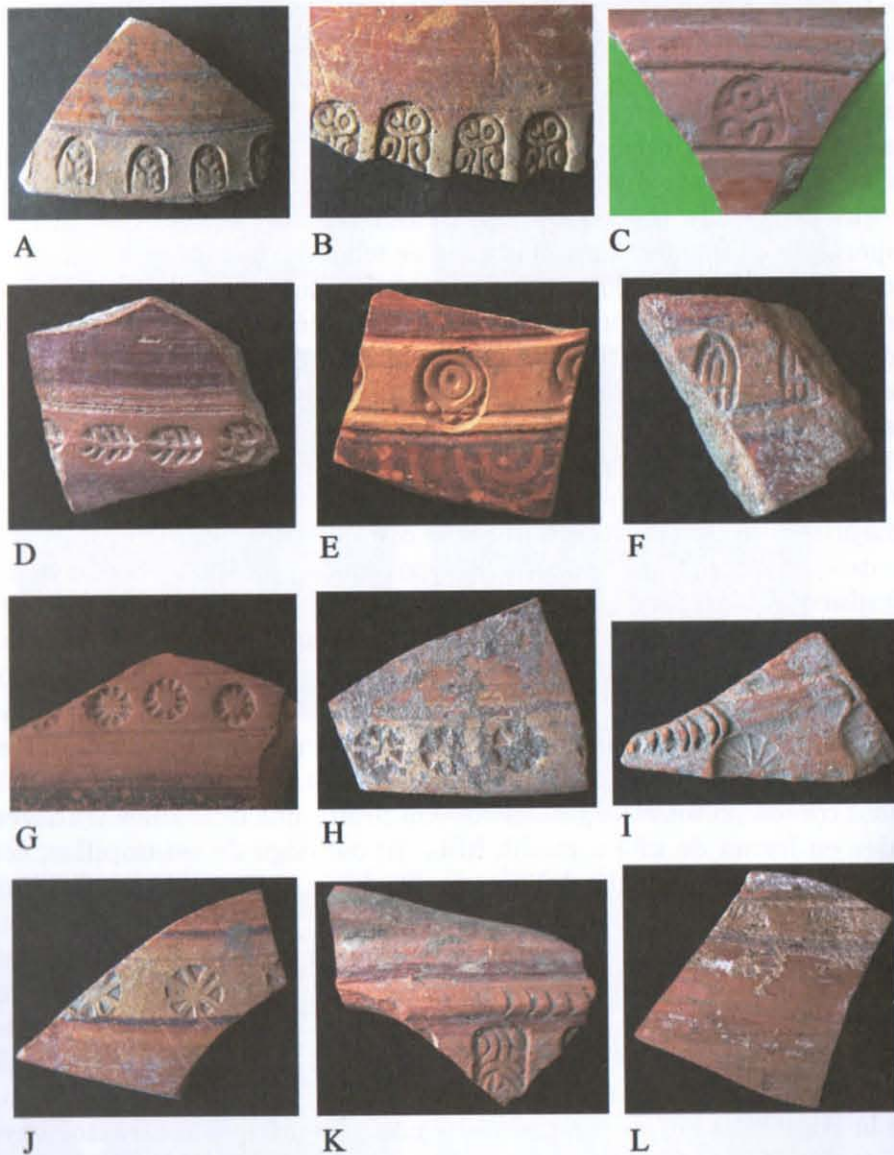


Fig. 17. Cerámica del Ibérico Pleno. Fragmentos pintados y estampados de tipo Valdepeñas (a diferentes escalas).

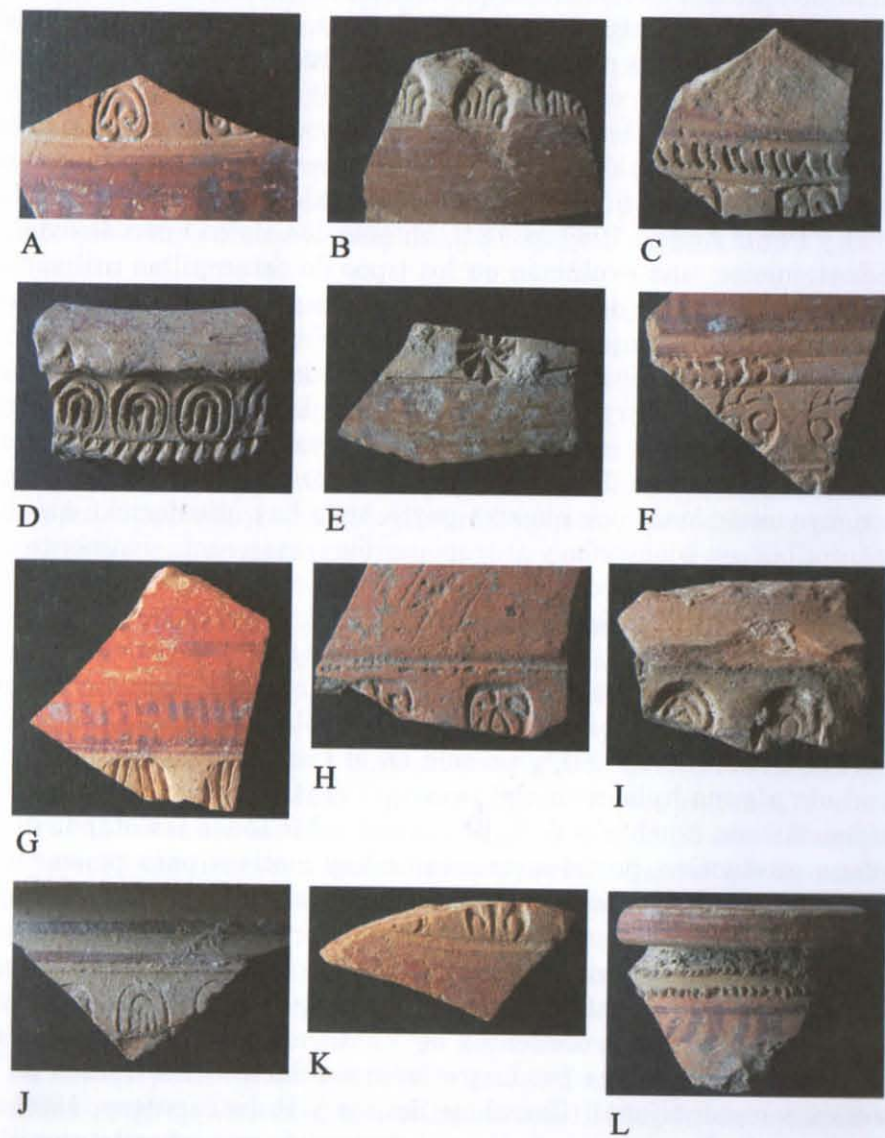


Fig. 18. Cerámica del Ibérico Pleno. Fragmentos pintados y estampados de tipo Valdepeñas (cont.).

Villanueva de la Fuente—*Mentesa Oretana* (Benítez de Lugo, Esteban Borrajo y Hevia Gómez, 2004, p. 86, fig. sup. de p. 89). Esto debe tener una explicación, y quizá esté en que el lote de Calatrava, formado por treinta punzones, es poco numeroso y, por tanto, estadísticamente poco representativo. Aunque también puede ocurrir que sea una cuestión puramente cronológica. Si consideramos que este tipo de producciones se fecha entre finales del siglo V y finales del III a. de C. (Vélez Rivas y Pérez Avilés, 1987, p. 181), en esos dos siglos hubo de existir, evidentemente, una evolución en los tipos de estampillas utilizados, aunque por ahora la desconozcamos por completo. Es posible, y esto no es más que una conjetura, que las estampillas zoomorfas y antropomorfas correspondiesen a momentos avanzados, con lo que de ser así, al estar Calatrava ya deshabitada durante la mayor parte del siglo III a. de C., no comparezcan, y solo estén presentes las de la primera fase de su producción. De ser esto así, estaríamos sugiriendo, con muy poco convencimiento por nuestra parte, todo hay que decirlo, que las estampillas con zoomorfos y antropomorfos serían exclusivamente del siglo III a. de C., cuando lo más lógico es que en el IV a. de C. también se estuvieran utilizando.

Aunque actualmente todo parece apuntar a que estas cerámicas se hubieran estado fabricando en varios poblados oretanos (Esteban Borrajo, 2000, pp. 79–80), y no solo en el Cerro de las Cabezas, que sin duda alguna hubo de ser el principal centro productor porque las evidencias son muchas y se tienen registradas todas las etapas de la cadena productiva, por el momento no hay motivos para pensar que uno de esos centros menores de producción fuera Calatrava la Vieja: ninguno de los fragmentos documentados presenta defectos de cocción, no se conoce ni una sola matriz, tampoco la variedad de formas y estampillas es tan extensa, etc. Lo más lógico es pensar que se trata de importaciones procedentes de Valdepeñas, cuya capacidad de comercialización de sus productos traspasó incluso los límites de la Oretania septentrional (Carrobes Santos y Ruiz Zapatero, 1990, p. 241, fig. 8, 1). En alguna ocasión se ha sugerido que estas estampillas podrían haber derivado de las que aparecen en las cerámicas del centro de la meseta (celtibéricas, carpetanas, vettonas e incluso vacceas), pero a esta idea se oponen con rotundidad dos hechos: en primer lugar, que las oretanas son de cronología más antigua, pues se fechan desde finales del siglo V a. de C., y en segundo lugar, que realmente son mínimas las concomitancias que hay entre ellas. Su filiación ibérica es indiscutible. Es más: algunos tipos de estampillas carpetanas

en concreto parecen haber estado inspirados en las oretanas (Blasco y Barrio, 1991, p. 287, fig. 4, 2; Penedo Cobo, Caballero Casado y Sánchez-Hidalgo, 2001, p. 124, centro; Urbina *et alii*, 2005, p. 184, foto inf. dcha.; Galindo y Sánchez, 2007, p. 285, fig. 13, inf. dcha. y fig. 14), y habrían llegado en el marco de influencias meridionales en el que también lo hicieron otros elementos, como son los vasos de engobe rojo ibérico o las cerámicas áticas de barniz negro, por ejemplo, habitualmente presentes en los principales yacimientos carpetanos.

Dentro de este grupo de producciones cerámicas oxidantes de tipo ibérico no podían faltar en Calatrava las anforetas. Por los tipos de bordes que presentan, son en todo similares a las recuperadas en el estrato 7c de *Sisapo* (Fernández Ochoa *et alii*, 1994, pp. 150 y 189, fig. 61, 94–96 y fig. 62, 97–98), fechado por cerámica ática en el segundo cuarto del siglo IV a. de C. La mayor parte de ellas carecen de decoración pero alguna sí que ha sido pintada con uno o dos tonos de pintura (roja vinosa y anaranjada).

La cerámica gris a torno que fehacientemente podemos clasificar dentro de la época plena por los paralelismos que nos ofrecen otros yacimientos oretanos no es mucha. Generalmente son de pastas duras, bien cocidas, con los desgrasantes imperceptibles a simple vista y muestran unas superficies tratadas mediante bruñido. Hay un claro predominio de los cuencos, con forma de casquete esférico, y por lo general de tamaños medio y grande, seguido de las páteras. También comparecen algunos bordes con hombro pertenecientes a bocas cerradas que en unos casos bien habrían podido ser jarras o botellas de boca ancha y cuerpo globular u ovoide, pero en otros, vasos de tipo olla. Unas y otros suelen tener en el cuello un baquetón poco sobresaliente, liso, de superficie plana y enmarcado entre acanaladuras.

La mayor parte de esta cerámica gris es lisa y únicamente en dos fragmentos pertenecientes a sendos cuencos la superficie interna ha sido solo alisada para sobre ella desarrollar un esquema decorativo bruñido: en uno de ellos, una línea serpentiforme bruñida que recorre la franja delimitada por dos bandas anchas también bruñidas, y en el otro un zigzag (Figura 16, E). Este tipo de decoración, que en absoluto es confundible con la retícula bruñida del Bronce Final, en *Sisapo* aparece en el estrato 9b, perteneciente al *Ibérico Antiguo* (Fernández Ochoa *et alii*, 1994, pp. 148 y 195, fig. 77, n. 71 y fig. 78, nn. 72 y 75), pero su momento de mayor desarrollo es el inicio del *Ibérico Pleno*,

pues idéntico al primero que hemos referido lo tenemos en el estrato 9a del yacimiento citado (*Id.*, 1994, p. 192, fig. 70, n. 25).

Respecto a la cerámica de barniz rojo, los fragmentos que aquí recogemos son los primeros que se documentan en Calatrava, ya que hasta ahora no se tenía constancia de su presencia en esta (Fernández Rodríguez, 1988, p. 311, fig. de p. 316). Se trata de barniz rojo ibérico, no fenicio, del siglo IV a. de C. y en algún caso quizá del siglo III a. de C. Lamentablemente, la pequeñez de la mayoría de ellos no permite que conozcamos detalles formales pero sí podemos decir que sobre todo pertenecen a páteras y a algún platito de reducido diámetro. El recipiente más completo es una pequeña pátera lisa de 11,3 cm de diámetro de boca y pie anular fechable en el siglo IV a. de C. o inicios del III. Raramente aparece el engobe rojo conviviendo con las estampillas, pero en Calatrava hay un fragmento de tinajilla de borde vuelto pegado al hombro cuyo interior aparece recorrido por una banda de engobe de color morado y el exterior con impresiones de un motivo fitomorfo muy esquemático a modo de aspa doble. Tanto la forma cerámica como el tipo de engobe y también con la presencia de estampaciones en el exterior del borde, aunque de matriz distinta a la de Calatrava, hallamos en el nivel II de Cástulo un ejemplo similar (Blázquez Martínez y Valiente Malla, 1981, p. 43, fig. 19, 44).

La cerámica de elaboración manual sabemos que tuvo cierta relevancia durante el *Ibérico Pleno* en la Oretania septentrional gracias a los datos que nos ha suministrado sobre todo *Sisapo* (Fernández Ochoa *et alii*, 1994, pp. 83, 184, 189, 191, 193–194; Benítez de Lugo, Esteban Borrajo y Hevia Gómez, 2004, pp. 76–77). Sin embargo, debido a que todos nuestros materiales cerámicos se encuentran descontextualizados y a que estas producciones son las imperantes en las fases anteriores, resulta difícil deslindar aquellas que pertenecen exclusivamente a estos momentos en los que lo corriente es ya la cerámica a torno. Únicamente de una olla globular a lo largo de cuyo hombro discurre un baquetón decorado con profundas líneas incisas dispuestas en diagonal (Figura 16, F) podemos decir que pertenece al *Ibérico Pleno*, porque tipos y decoraciones similares fechados en este periodo se han documentado en otros yacimientos de la zona (Fernández Ochoa *et alii*, 1994, p. 189, fig. 63, 101 y 102).

La cerámica griega en Calatrava tiene una presencia modesta pero significativa (Figuras 19 y 20), siendo en general de características

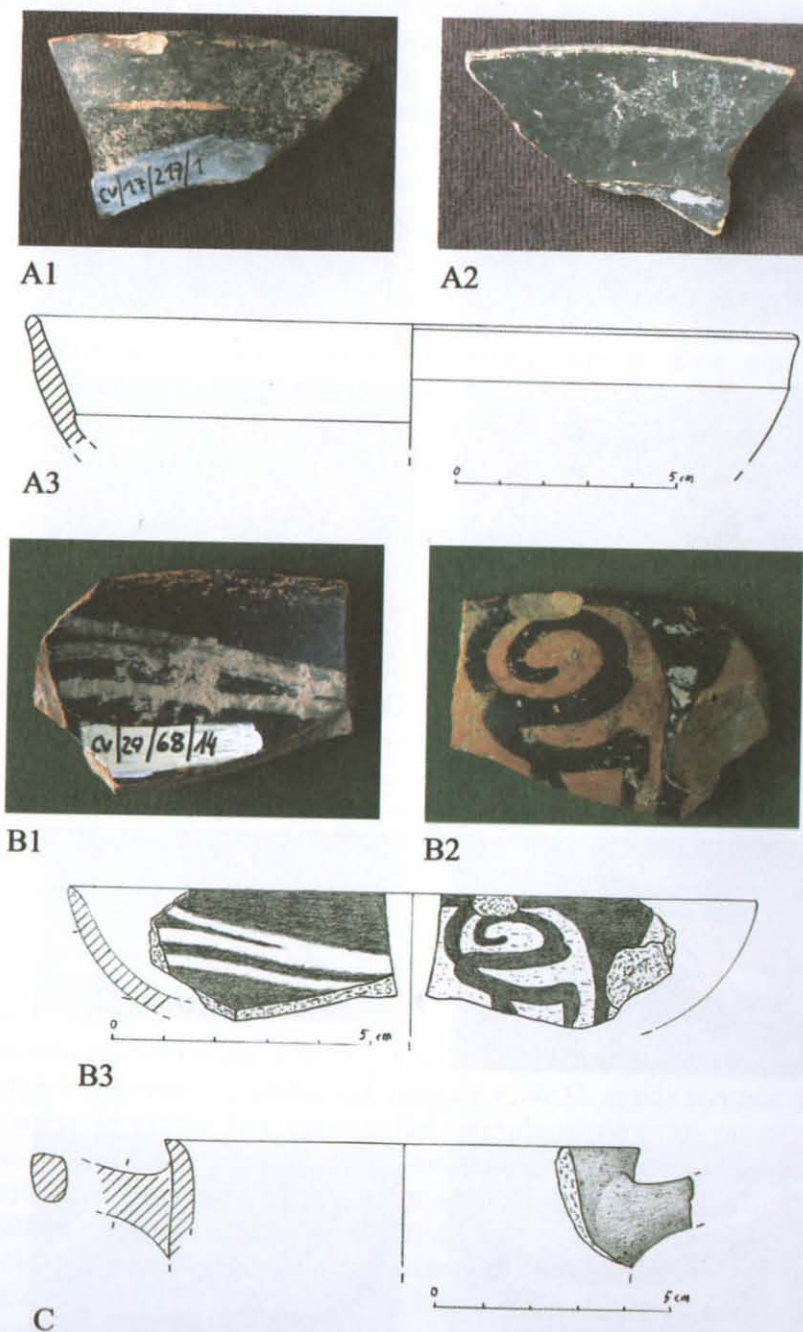


Fig. 19. Selección de cerámicas griegas. A, copa de tipo Cástulo. B, kylix. C, scyphos de barniz negro.

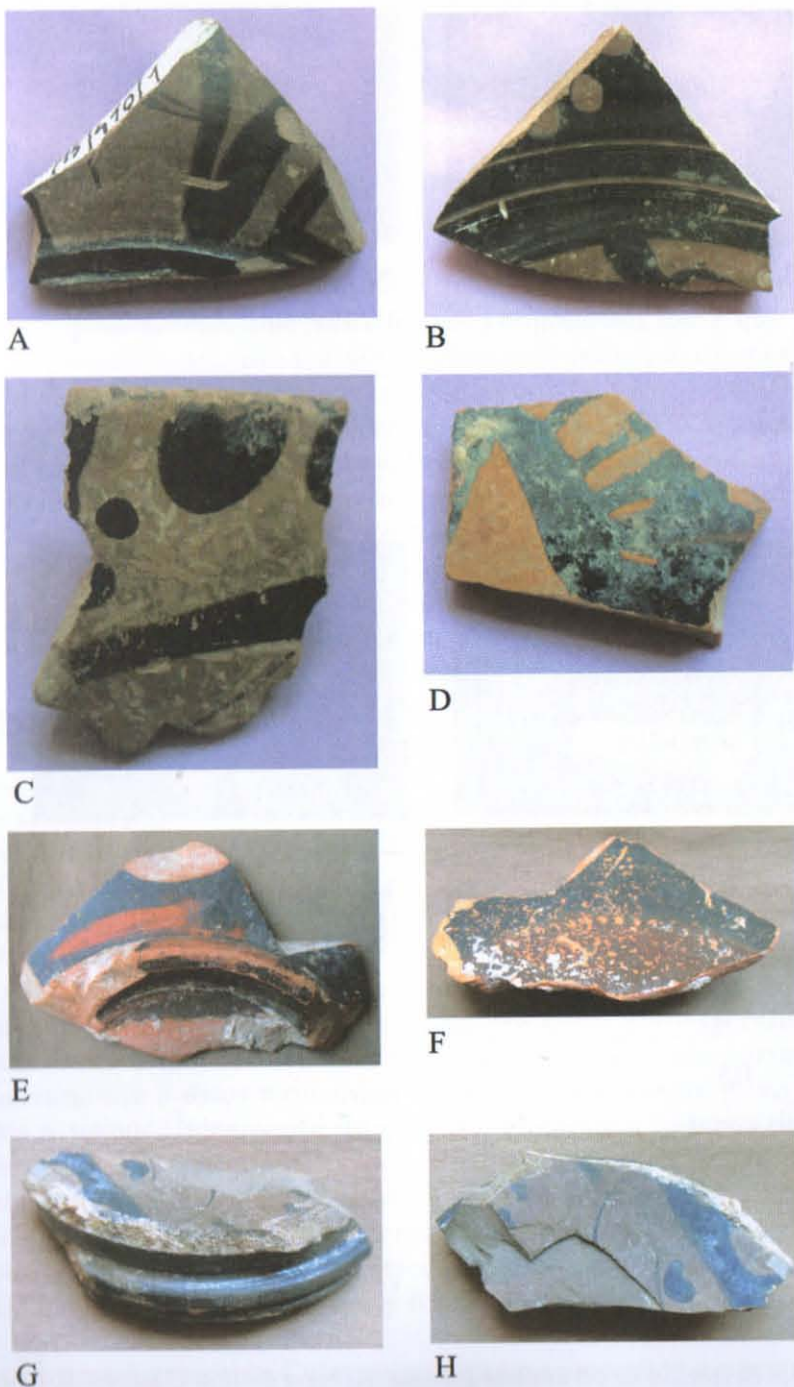


Fig. 20. Selección de cerámicas griegas (cont.). A diferentes escalas.

muy similares a las que presentan otros conjuntos de la zona como los recuperados en Alarcos, el Cerro de las Cabezas o *Sisapo*, entre los más destacados (García Huerta y Morales Hervás, 1995; *Id.*, 1999; García Huerta, Morales y Rodríguez, 2004; Zarzalejos Prieto *et alii*, 1995; Cabrera y Sánchez, 1994). Como más arriba hemos señalado, ya en 1988 Patiño refirió cómo en el Museo Provincial de Ciudad Real se hallaban depositados algunos fragmentos que pertenecieron a la colección de Eduardo Tello y fueron recogidos en la superficie del yacimiento (Patiño, 1988, p. 303). Los materiales que en esta ocasión aportamos sin duda contribuyen a perfilar mejor la entidad cultural del yacimiento⁷ aunque, honestamente, hemos de decir que se trata de fragmentos de pequeño tamaño, algo erosionados y que si se conservan relativamente bien es gracias a que son unas producciones de excelente calidad técnica. Imperan las cerámicas de figuras rojas. Tipológicamente, los más numerosos son los bordes de *kylikes*, entre los que destacan los que llevan los números de inventario CV/29/68/14 y CV/18/83/7. El primero de ellos (Figura 19, B1–B3) es un vaso ático de figuras negras con trazos de pintura blanca en el interior que semejan tallos y pertenecen al denominado *Pintor del Bizco Negro*, bien fechado en el segundo cuarto del siglo IV a. de C. El segundo, fechado en la primera mitad del siglo IV a. de C., es igualmente de barniz negro y por el exterior muestra una decoración de hojas de olivo en pintura blanca, elemento este que singulariza y da nombre propio a esta producción. Hemos podido reconocer también tres o cuatro fragmentos de copas, pasadas de horno, pertenecientes al grupo de Viena 116 (Figura 20, A–D, G y H).

Entre la cerámica ática de barniz negro, de la que se han recuperado numerosos fragmentos, destacamos un borde de *skyphos* con arranque de asa (Figura 19, C). Aunque las producciones más antiguas de este tipo se remontan al siglo VI a. de C., este de Calatrava se puede situar en la primera mitad del siglo IV a. de C. si nos fijamos precisamente en la propia asa, pues en los ejemplares de estos momentos las asas no nacen del mismo borde como los antiguos, sino de un poco más abajo (Sparkes y Talcott, 1970, pp. 334–354). De estas mismas características y perteneciente también a un *skyphos* con arranque de asa, es el fragmento número de inventario CV/29/187/14, si bien muestra una decoración interior (solo una línea) realizada con pintura blanca. Interesante desde el punto de vista cronológico es un cuenquecito de borde muy grueso fechado en el segundo y tercer cuarto del siglo IV a. de C. (Sparkes y Talcott, 1970, pp. 946–947). Este tipo ático tendrá

su continuidad en las formas campanienses 2421d 1, 2765e 1, 2783f 1, 2783j 1 de Morel (1981) que remiten a un avanzado siglo IV a. de C. y primera mitad del III a. de C.



Fig. 21. Fusayolas.

Algo más antiguo que estos vasos es un fragmento de borde perteneciente a una copa de *tipo Cástulo* (Figura 19, A1–A3), una producción de amplia dispersión en Andalucía oriental y zonas vecinas (Sánchez, 1992, p. 328; Domínguez Monedero y Sánchez, 2001, p. 444) que no suele faltar en los principales asentamientos oretanos (Vélez Rivas y Pérez Avilés, 2008, p. 57, fig. 21; Esteban Borrajo y Hevia Gómez, 2008, p. 95, fig. 18, inf.; Fernández Rodríguez, 2008, p. 68). Los más estrechos paralelos tipológicos nos conducen a fecharlo a finales del siglo V a. de C. o inicios del IV a. de C. Es posible que a sendas copas de *tipo Cástulo* pertenecieran también dos fragmentos de pie

cuyos perfiles son idénticos al que estas suelen presentar (Domínguez Monedero y Sánchez, 2001, nn. 442, 446–448). La morfología del pie y el que en la superficie externa aparezca una ancha banda de barniz situada entre este y el punto central nos inducen a pensar que en este caso estamos ya ante dos vasos de los últimos de este tipo que llegaron a la Península Ibérica (Sánchez, 1992, p. 331). La diferencia cronológica entre el borde de copa y ambos pies aportan un dato añadido: las elites ibéricas de Calatrava estuvieron adquiriendo este tipo de vasos áticos durante al menos medio siglo, lo que indica la existencia de una estabilidad en el elevado nivel de vida alcanzado por estas en esos momentos.

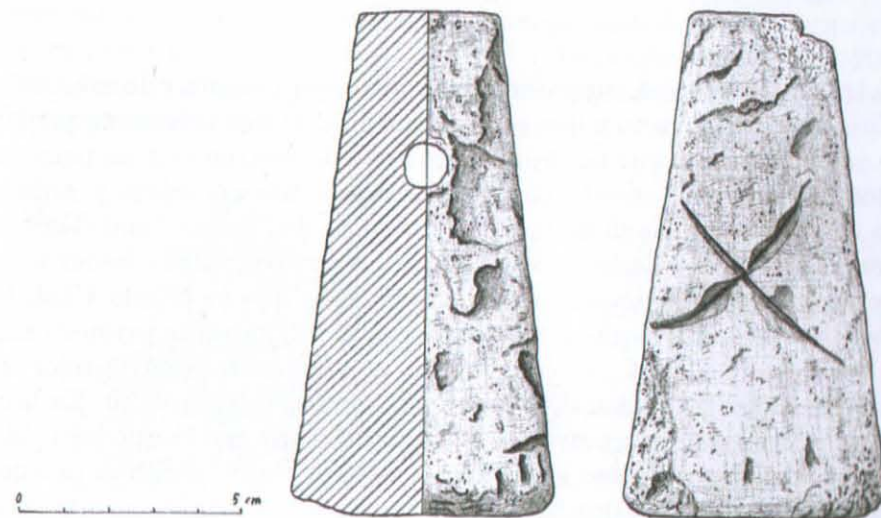


Fig. 22. Pondus con aspa incisa en uno de sus lados.

Lo dicho en último lugar nos da pie a plantear una serie de cuestiones de carácter cultural con la cerámica griega como trasfondo. En primer lugar, Calatrava se instituye en una población más de la Submeseta sur en la que se puede reconocer el denominado *horizonte ampuritano* de importaciones griegas desde mediados/finales del siglo V a. de C. hasta la segunda mitad del IV (Blánquez Pérez, 1994, p. 338; Esteban Borrajo y Hevia Gómez, 2008, pp. 94–95). En segundo lugar, podría ser que esta cerámica llegase a las clases pudientes de Calatra-

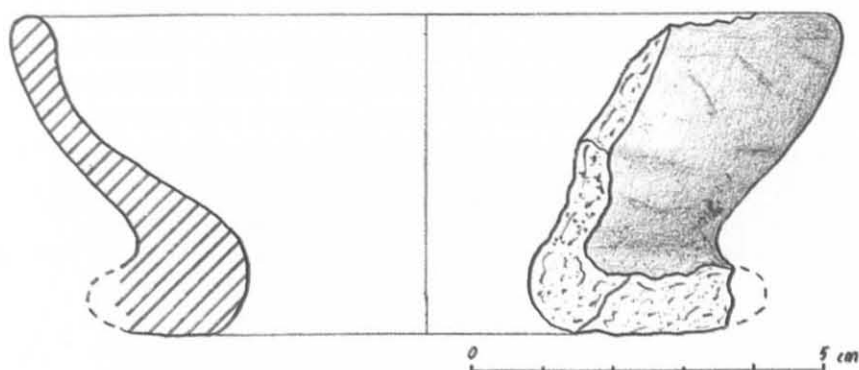


Fig. 23. Soporte de cerámica gris deformado durante la cocción por exceso de fuego.

va a través de Alarcos, pues además de situarse a veinte kilómetros de distancia en línea recta y que esta es una ciudad casi seis veces mayor que aquella —de lo que se deduce que hubo de disponer de un potente sector comercial—, cuenta con el repertorio más completo y numeroso de cerámica griega de toda la provincia de Ciudad Real (García Huerta, Morales y Rodríguez, 2004). Alarcos bien podría haber sido el mercado que abasteciera a Calatrava, más que la propia Cástulo directamente, centro que, parece ser que, al menos en la primera mitad del siglo IV a. de C., se convirtió en el gran centro distribuidor de estos productos en la zona (Cabrera y Sánchez, 1994, p. 365). En tercer lugar, teniendo en cuenta la descuidada mano con la que han sido decorados algunos vasos, e incluso la existencia de defectos de cocción en varios de ellos (burbujas y jaspeado, por ejemplo), no creemos equivocarnos mucho si pensamos que los compradores de cerámicas griegas en Calatrava eran poco exigentes. En general, se puede decir que la cerámica griega que llega a las poblaciones de toda esta zona de la Submeseta sur es de una calidad inferior a la que se comercializa en otras áreas peninsulares como la ampuritana o la onubense y, por supuesto, muy inferior a la del Mediterráneo central (Sicilia y Magna Grecia). Es decir, da la impresión de que el ibérico del sureste es un mercado menos exigente que el de otras zonas, y que ese nivel de exigencia baja incluso cuanto más nos adentramos en la Meseta, como se ve en Calatrava. Por pura lógica, esa clase dirigente a la que iban a parar las cerámicas griegas hubo de ser un grupo numéricamente bastante menor en Calatrava que en Alarcos y muy posiblemente hubo de tener una capacidad adquisitiva más modesta también, por lo que en

el futuro no se puede esperar que en aquella aparezca tanta cerámica griega como en esta.

En el contexto de los *oppida* oretanos, Calatrava es uno de los más modestos (Figura 24). Aun siendo, como el resto de las ciudades de su entorno, una pequeña ciudad-estado autónoma desde el punto de vista político y militar, si nunca pudo alcanzar un gran desarrollo económico y político a pesar de sus nada desdeñables recursos, seguramente fue por la cercanía de Alarcos, que en todo momento impediría que alcanzase una importancia capaz de hacerle sombra. Incluso cabe la posibilidad de que en el despoblamiento temprano de Calatrava algo tuviera que ver Alarcos, pues no sería extraño que esta hubiese actuado de imán demográfico para una amplia zona de su entorno. A pesar de ello, Alarcos también comienza a deshabitarse lentamente a partir de finales del siglo III a. de C. (Fernández Rodríguez, 2008, p. 64), en un proceso aún no bien conocido que afecta a toda la Oretania septentrional.

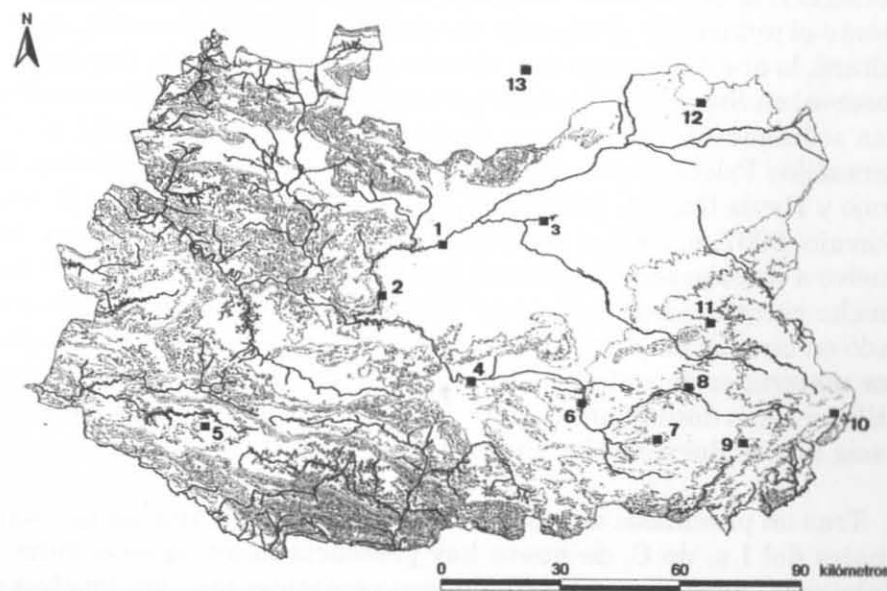


Fig. 24. Calatrava la Vieja en el contexto de los *oppida* de Ciudad Real y sur de Toledo (basado en Morales Hervás, 2010, con modificaciones). 1, Calatrava la Vieja; 2, Alarcos-Lacurris; 3, Toriles; 4, Oretum; 5, La Bienvenida-Sisapo; 6, Cerro de Las Cabezas; 7, Cabeza de Buey; 8, El Castillo; 9, Almedina; 10, Mentesa Oretana; 11, Alhambra-Laminium; 12, Santuario de la Virgen de Criptana; 13, Consuegra-Consabura.

Para establecer con cierta seguridad los momentos finales del *oppidum* ibérico de Calatrava, y algo ya hemos avanzado en párrafos anteriores, necesitaríamos un volumen de materiales mucho mayor del que tenemos. Esto es, una muestra más representativa para que en la cantidad y en la proporcionalidad entre las distintas fases representadas en el yacimiento pudiésemos precisar más de lo que ahora podemos hacer. Si a este problema añadimos el que únicamente nuestra documentación es la cerámica y que esta ha sido arrancada de sus contextos naturales, esas posibilidades de precisar se reducen. La cerámica griega más moderna nos conduce hasta finales del siglo IV a. de C. o principios del III. De casi todo el siglo III, el II y gran parte del I a. de C. no hay apenas evidencias en Calatrava. La fase de despoblamiento aquí parece más prolongada que en otros *oppida* oretanos. Hasta ahora, únicamente ha aparecido una moneda acuñada en ceca indígena: un bronce de Cástulo fechado a finales del siglo II a. de C. En *Sisapo* también las monedas más antiguas son de Cástulo y de Obulco (Arévalo González, 1995), fechadas desde la segunda mitad del siglo II a. de C. (*Ead.*, 1995, pp. 132 y 134), pero a partir de ese momento el numerario celtibérico (de *Sekaisa*, *Belikio*, *Ercauica*, etc.) no faltará, lo que demuestra que el vacío poblacional que en Calatrava se observa, en *Sisapo* duró menos tiempo, pues, como en varias ocasiones han señalado sus excavadores (Fernández Ochoa *et alii*, 1994, p. 152; Zarzalejos Prieto *et alii*, 1994, p. 178; Benítez de Lugo, Esteban Borrajo y Hevia Gómez, 2004, pp. 144–145; Zarzalejos Prieto y Esteban Borrajo, 2007, p. 284), a finales del siglo II a. de C. o comienzos del I vuelve a reocuparse. De nuestra moneda de Cástulo no se puede decir mucho porque, además de estar muy desgastada, quizá por haber estado en circulación durante mucho tiempo, no se encuentra arropada por materiales de su fecha de acuñación. Por esta razón, no se puede utilizar como documento demostrativo de que el cerro estuvo ocupado hacia finales del siglo II o inicios del I a. de C.

Tras un paréntesis de casi tres siglos, todo parece indicar que hacia finales del I a. de C. de nuevo hay presencia humana en el cerro de Calatrava, pues se constatan algunas cerámicas que, sin muchas dificultades, se pueden llevar a esos momentos, que cabe calificar como tardo-republicanos. Una de las más significativas es una boca de jarra ibérica con cama para tapadera cuya pared externa está decorada algo descuidadamente con bandas de pintura roja vinosa (CV/28/1/112). Sus más estrechos paralelos se encuentran, una vez más, en *Sisapo* (Esteban Borrajo, 1998, pp. 126–127, fig. 26, 3 y 4), pero curiosamente

en el valle del Duero es una forma que también estamos fechando en la segunda mitad del I a. de C. y primera del I d. de C., al tener neta influencia de la cerámica propiamente romana. Teniendo en cuenta que las características de la fase de ocupación romana en Calatrava no forman parte ya de este trabajo, dejamos para otra ocasión su análisis.

VII

ADDENDA. EPIGRAFÍA PALEOHISPÁNICA EN LOS *OPPIDA* DE LA ORETANIA SEPTENTRIONAL

En lo que los *oppida* de la Oretania septentrional se han mostrado bastante poco generosos es en documentación epigráfica paleohispánica. En Calatrava la Vieja no conocemos por ahora ni un solo grafito en signario ibérico, pero es que en *Sisapo* únicamente sabemos de la existencia de uno posible, inciso en un fragmento de campaniense (Fernández Ochoa *et alii*, 1994, p. 181, fig. 39, 44), y en Alarcos tenemos constancia de que existen algunos más, aunque por encontrarse inéditos desconocemos sus características y el interés que pudieran tener para el conocimiento de la escritura empleada por los oretanos. El único enclave en el que ha sido recuperado un texto de cierta consideración es el Cerro de las Cabezas, de Valdepeñas, de donde procede un fragmento de soporte anular de cerámica para ánfora en una de cuyas superficies —la más plana— se ha inscrito un texto en ibérico meridional (Figura 25). Esta pieza fue dada a conocer hace más de una década a través de una fotografía (Vélez Rivas y Pérez Avilés, 1999, p. 52, entre el grupo de cerámicas del centro)⁸ y fechada en el siglo III a. de C. por el contexto de los materiales con los que apareció, pero ha pasado totalmente inadvertida para la investigación porque apenas se puede ver en dicha fotografía. En consecuencia, hasta ahora no ha sido objeto de una valoración y menos aún de una edición crítica. No es esto último lo que pretendemos aquí porque no somos paleohispanistas, pero sí dar a conocer los detalles del texto a través de mejores ilustraciones que la de 1999, proponer modestamente una lectura y hacer algunas reflexiones sobre esa escasa incidencia de la escritura en la Oretania septentrional.

El documento apareció entre numerosos fragmentos de ánforas y otros muchos trozos de soportes de sus mismas características tecnológicas y tipológicas, pero ninguno de ellos con inscripción como porta este. Las grafías, realizadas con incisiones limpias y profundas, de mano decidida, se grabaron antes de la cocción, lo que significa que el soporte ya se fabricó pensando en que iba a tener un destino quizá diferente al del resto de los soportes. Más que por iniciativa del alfarero que lo hizo, es posible que fuera un texto realizado por encargo de alguien relacionado con esas ánforas y con las mercancías que contuvieron. Esto es, algún comerciante, de lo que cabe inferir que el texto se refiera precisamente a estas o al contenido de alguna(s) de ellas.

En cualquier caso, lo más probable es que estemos ante un texto de carácter económico.



Fig. 25. Cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real). Epígrafe en ibérico meridional (foto y dibujo, Julián Vélez y Javier Pérez).

Aunque está escrito en ibérico meridional, como acabamos de referir, y la mayor parte de estos textos se leen de derecha a izquierda, este, en concreto, creemos que ha de ser leído de izquierda a derecha, como ocurre con algunos otros meridionales también, por lo que no sería una excepción. El texto podría haber sido en origen más extenso, pues solo nos ha llegado un tercio de la pieza, aunque lo que está claro es que no ocupó toda la circunferencia del soporte, pues parte de esta carece de grafías. Lamentablemente, al no haber aparecido entre los otros fragmentos de soportes recuperados la parte que le falta, no es

posible saber si dispuso de más texto o este era todo el que en origen tuvo. Centrándonos en él, se podría transcribir de la siguiente manera:

–III– cuatro cortas marcas incisas – dibujo esquemático – **bi** – **l** – **te** – ¿**o**? – ¿?

Las cuatro grafías iniciales idénticas, cuatro *eles*, constituyen una rareza epigráfica que bien podrían referirse a una cantidad. Sin embargo, la *l* como marca de valor numérico no está por ahora demostrado que haya sido usada (Ferrer y Jané, 2009). Podría tratarse, no obstante, aunque es muy poco probable e igualmente difícil de demostrar, de un localismo o de una peculiaridad meridional. Lo que sí parece posible, atendiendo a la incisión oblicua previa a la primera *l*, es que el epígrafe comience con estas cuatro *eles*. Como se puede observar, ninguna de las grafías inscritas alcanza el borde de la pieza, ni por arriba ni por abajo, pero esa profunda incisión, sí.

Tras ellas, y claramente separadas de estas, aparecen en el centro del campo epigráfico una serie de incisiones cortas paralelas y dispuestas en oblicuo de las que no es posible saber si tienen que ver con el texto o simplemente están ahí por accidente. Han sido realizadas antes de la cocción también, pero asignarles una función de interpunción cuando la siguiente marca no es precisamente una letra, sino un dibujo esquemático, como ahora veremos, parece que no tiene mucho sentido. Ese dibujo esquemático que viene detrás, desde que tuvimos conocimiento de esta pieza, nos dio la impresión de que posiblemente hubiera querido representar un recipiente globular con la base plana, la boca algo cerrada y en cuyo interior se encuentra depositado un objeto cuadrangular o romboidal. De ser así, estaríamos ante una representación no realista, sino conceptualizada de un objeto. De una convención en la que se han trazado solo las paredes del recipiente y dejado vacío el interior para en él poder dibujar el objeto que contiene. Hemos de reconocer que en las pinturas vasculares ibéricas no hemos hallado nada que se le pareciese y con lo que pudiéramos compararlo, pero a lo que sí nos tienen acostumbrados los pintores ceramistas ibéricos es a que no tienen ningún reparo en transgredir las normas de representación de la realidad cuando se trata de transmitir una idea a través de una imagen. Los ejemplos son innumerables y se encuentran por todos los territorios ibéricos e incluso en el mundo celtibérico

también se conocen algunos casos. Muy probablemente, esta imagen figurativa tiene que ver con el contenido del texto.

De la secuencia que sigue, las grafías **bi**-, **-l**- y **-te**- parecen claras, pero no lo son tanto las dos últimas; la primera, por atípica si consideramos que pudiera tratarse de una **-o-** pero de un solo travesaño en la zona superior, y la segunda, por conservarse muy fragmentariamente.

La explicación, en términos culturales, de que existan tan escasas evidencias escriturarias en los *oppida* de Oretania septentrional, a pesar de haber sido núcleos populosos y muy dinámicos desde el punto de vista económico, no parece sencilla. En primer lugar, hemos de considerar que parte de ellos se deshabitaron a finales del siglo III a. de C. o inicios del siguiente, y en algunos hasta avanzado el I a. de C. no hay de nuevo constancia de presencia humana, salvo *Sisapo*, que a finales del siglo II a. de C. o comienzos del I de nuevo se ocupa. Se puede decir, por tanto, que casi todos ellos “se han perdido” buena parte de la etapa epigráfica más prolífica. En segundo lugar, el territorio en el que está en uso el ibérico meridional es sensiblemente menos potente y dinámico que aquel en el que se emplea el ibérico levantino, y de esto se deduce que a las áreas periféricas de aquel, entre ellas la oretana, la escritura como elemento cultural de desarrollo llegó muy tenuemente. De resultados de todo ello, no es comparable la proyección que tuvo el ibérico levantino en la Celtiberia, con la que tuvo el ibérico meridional en la Oretania, aunque de nuevo en esto pesan mucho factores culturales y cronológicos.

VIII BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO-GORBEA, M.: "La iberización de las zonas orientales de la Meseta", *Simposi Internacional Els Orígens del Món Ibèric* (Ampurias, 38-40), 93-156. Barcelona, 1976-78.
- ALMAGRO-GORBEA, M.: "Los iberos en Castilla-La Mancha", en M. A. Valero (coord.) *1^{as} Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla-La Mancha* (Iniesta, 1997), 25-48. Toledo, 1999.
- ARÉVALO GONZÁLEZ, A.: "Sobre la circulación monetaria de la ciudad de Sisapo (Almodóvar del Campo, Ciudad Real)", en M. P. García-Bellido y R. M. S. Centeno (eds.) *La Moneda Hispánica. Ciudad y Territorio*. Actas del I Encuentro Peninsular de Numismática Antigua. Anejos de AEspA, XIV, 129-137. Madrid, 1995.
- BARROSO BERMEJO, R.: "Cuestiones sobre las cerámicas grafitadas del Bronce Final y I Edad del Hierro de la península Ibérica", *Trabajos de Prehistoria*, 59 (nº 1), 127-142. Madrid, 2002.
- BENÍTEZ DE LUGO, L.: "Arqueología del culto ibérica en la Oretania septentrional", *Arse*, 38, 29-61. Valencia, 2004.
- BENÍTEZ DE LUGO, L.: *Las motillas y el Bronce de La Mancha*. Ciudad Real, 2009.
- BENÍTEZ DE LUGO, L., ESTEBAN BORRAJO, G. y HEVIA GÓMEZ, P.: *Protohistoria y Antigüedad en la provincia de Ciudad Real (800 a. C. - 500 d. C.)*. Ciudad Real, 2004.
- BLASCO, M. C. y BARRIO, J.: "Las necrópolis de la Carpetania", en J. Blánquez y V. Antona (coords.) *Congreso de Arqueología Ibérica. Las Necrópolis*, 279-312. Madrid, 1991.
- BLASCO, M. C., LUCAS, R. y ALONSO, M. A.: "Nuevo yacimiento prehistórico en la provincia de Madrid: el Cerro de S. Antonio", XVII *CAN* (Logroño, 1983), 267-277. Zaragoza, 1985.
- BLASCO, M. C., LUCAS, R. y ALONSO, M. A.: "Excavaciones en el poblado de la Primera Edad del Hierro del Cerro de San Antonio (T. M. Madrid)", *Arqueología, Paleontología y Etnografía*, 2, 7-159. Madrid, 1991.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J.: "El impacto del mundo griego en los pueblos ibéricos de la Meseta", en *Iberos y Griegos: Lecturas desde la Diversidad*, (Huelva Arqueológica, XIII, 1), 317-354. Huelva, 1994.
- BLÁZQUEZ DELGADO, A.: *Historia de la Provincia de Ciudad Real*. Ciudad Real, 1898.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M. y VALIENTE MALLA, J.: *Cástulo III*. (EAE, 117). Madrid, 1981.
- CABRERA, P. Y SÁNCHEZ, C.: "Importaciones griegas en el sur de la Meseta", en *Iberos y Griegos: Lecturas desde la Diversidad*, (Huelva Arqueológica, XIII, 1), 355-376. Huelva, 1994.
- CARRASCO SERRANO, G.: "La Oretania septentrional y las fuentes antiguas", en G. Carrasco (coord.) *Los Pueblos Prerromanos en Castilla-La Mancha*, 11-35. Cuenca, 2007.
- CARROBLES SANTOS, J. y RUIZ ZAPATERO, G.: "La necrópolis de la Edad del Hierro de Palomar de Pintado (Villafranca de los Caballeros, Toledo)", en J. Carrobles (dir.) *Actas del Primer Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo*, 235-258. Toledo, 1990.
- CORCHADO SORIANO, M.: "Estudio sobre las vías romanas entre el Tajo y el Guadalquivir", *Archivo Español de Arqueología*, 42, 124-158. Madrid, 1969.
- CORCHADO SORIANO, M.: *Estudio del Campo de Calatrava*. Vol. III: *Los pueblos y sus términos*. Guadalajara, 1982.
- DE JUAN, A., FERNÁNDEZ, M. y CABALLERO, A.: "El yacimiento ibero-medieval de Alarcos", en J. Sánchez Meseguer et alii (coords.) *Jornadas de Arqueología de Ciudad Real en la Universidad Autónoma de Madrid*, 143-165. Toledo, 1994.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. y SÁNCHEZ, C.: *Greek pottery from the Iberian Peninsula. Archaic and Classical Periods*. Brill. Leiden-Boston-Köln, 2001.
- ESTEBAN BORRAJO, G.: *Cerámicas a torno pintadas, orientalizantes, ibéricas e iberorromanas de Sisapo*. Madrid, 1998.
- ESTEBAN BORRAJO, G.: "Una característica producción cerámica pintada del Periodo Ibérico pleno en el sur de la Meseta", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 26, 69-84. Madrid, 2000.
- ESTEBAN BORRAJO, G. y HEVIA GÓMEZ, P.: "El periodo Ibérico Antiguo en La Bienvenida y su entorno", en J. Jiménez (ed.) *Sidereum Ana I. El Río Guadiana en Época Post-orientalizante*. Anejos de AEspA, XLVI, 81-98. Mérida, 2008.
- ESTEBAN BORRAJO, G., HEVIA GÓMEZ, P., PÉREZ AVILÉS, J. J. y VÉLEZ RIVAS, J.: "La transición del Bronce Final a la Primera Edad del Hierro en el Cerro de Las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real)", *Cuadernos de Estudios Manchegos*, 25-26, 11-46. Ciudad Real, 2003.
- FERNÁNDEZ MAROTO, D., VÉLEZ RIVAS, J. y PÉREZ AVILÉS, J.: "La cerámica estampillada ibérica de tipo figurativo del Cerro de las Cabezas (Valdepeñas)", en L. Abad y J. A. Soler (eds.) *Actas del Congreso de Arte Ibérico en la España Mediterránea*, (Alicante, 2005), 211-227. Alicante, 2007.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M.: "El asentamiento ibérico del Cerro de las Nieves (Pedro Muñoz, Ciudad Real), en I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. Tomo III. Pueblos y Culturas Prehistóricas y Protohistóricas (2), 359-369. Toledo, 1988.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M., HORNERO, E. y PÉREZ, J. A.: "El poblado ibérico del 'Cerro de las Nieves' (Pedro Muñoz). Excavaciones 1984-1985", en J. Sánchez et alii (coords.) *Jornadas de Arqueología de Ciudad Real en la Universidad Autónoma de Madrid*, 111-129. Toledo, 1994.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M., FERNÁNDEZ-POSSE, M. D., GILMAN, A. y MARTÍN, C.: "La Edad del Bronce en La Mancha Oriental", en M. Fernández-Miranda

da y J. Carroble (dirs.) *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha*, 243–290: Toledo, 1994.

FERNÁNDEZ OCHOA, C., ZARZALEJOS PRIETO, M., HEVIA GÓMEZ, P. y ESTEBAN BORRAJO, G.: *Sisapo I. Excavaciones arqueológicas en 'La Bienvenida', Almodóvar del Campo (Ciudad Real)*. Toledo, 1994.

FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M.: “Estado actual de la investigación de la cerámica de barniz rojo en Castilla-La Mancha”, en *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. Tomo III. Pueblos y Culturas Prehistóricas y Protohistóricas* (2), 309–316. Toledo, 1988.

FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M.: “El poblado ibérico en Alarcos”, en L. Benítez (coord.) *El Patrimonio Arqueológico de Ciudad Real. Métodos de Trabajo y Actuaciones Recientes*, 123–136. Ciudad Real, 2000.

FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M.: “El oppidum de Alarcos en los siglos VI–V a. C.”, en J. Jiménez (ed.) *Sidereum Ana I. El Río Guadiana en Época Post-orientalizante*. Anejos de AEspA, XLVI, 61–79. Mérida, 2008.

FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., CABALLERO KLINK, A. y DE JUAN GARCÍA, A.: “Constantes de poblamiento en Alarcos”, en J. Zozaya (ed.) *Alarcos. El Fiel de la Balanza*, 27–40. Toledo, 1995.

FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., DE JUAN GARCÍA, A. y CABALLERO KLINK, A.: “Alarcos. El cerro sagrado de la Oretania”, *Revista de Arqueología*, 152, 36–43. Madrid, 1993.

FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M. y GARCÍA HUERTA, R.: “El urbanismo del poblado ibérico de Alarcos”, en *Congreso Internacional. Los Iberos, Príncipes de Occidente*, 47–54. Barcelona, 1998.

FERRER, J. y JANÉ, J.: “El sistema de numerales ibérico: avances en su conocimiento”, *Palaeohispánica*, 9, 451–479. Zaragoza, 2009.

GALINDO, L. y SÁNCHEZ, V. M.: “El yacimiento carpetano de ‘La Ribera’”, en A. F. Dávila (ed.) *Estudios sobre la Edad del Hierro en la Carpetania. Registro Arqueológico, Secuencia y Territorio*, vol. II, pp. 270–289. (Zona Arqueológica, 10). Madrid, 2007.

GARCÍA ALONSO, J. L.: “Romanización y celtización en la toponimia de la Meseta sur”, en G. Carrasco (coord.) *La Romanización en el territorio de Castilla-La Mancha*, 339–366. Cuenca, 2008.

GARCÍA-BELLIDO, M. P.: “Numismática y territorios étnicos en la Meseta meridional”, en G. Carrasco (coord.) *Los Pueblos Prerromanos en Castilla-La Mancha*, 199–226. Cuenca, 2007.

GARCÍA HUERTA, R., IZQUIERDO, R. y ONRUBIA, J.: “Carta arqueológica de la provincia de Ciudad Real. Avance de resultados de la primera fase”, en J. Sánchez et alii (coords.) *Jornadas de Arqueología de Ciudad Real en la Universidad Autónoma de Madrid*, 17–39. Toledo, 1994.

GARCÍA HUERTA, R. y MORALES HERVÁS, F. J.: “La cerámica griega en la provincia de Ciudad Real”, *XXI CNA*, Tomo I, 117–125. Zaragoza, 1995.

GARCÍA HUERTA, R. y MORALES HERVÁS, F. J.: “La cerámica griega en la meseta sudoccidental”, en R. de Balbín y P. Bueno (eds.) *II Congreso de Arqueología Peninsular*. Tomo III – Primer Milenio y Metodología, 335–345. Madrid, 1999.

GARCÍA HUERTA, R. y MORALES HERVÁS, F. J.: “Los oretanos”, en J. Pereira (coord.) *Prehistoria y Protohistoria de la Meseta Sur*, 217–238. Ciudad Real, 2006.

GARCÍA HUERTA R., MORALES HERVÁS, F. J. y OCAÑA CARRETÓN, A.: “El poblado de la Edad del Hierro de Peñarroya (Argamasilla de Alba, Ciudad Real)”, en M. A. Valero (coord.) *1ª Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla-La Mancha*, 221–258. Toledo, 1999.

GARCÍA HUERTA, R., MORALES, F. J. y RODRÍGUEZ, D.: “Las cerámicas griegas del oppidum de Alarcos (Ciudad Real)”, *Charisterion. Francisco Martín García Oblata*, 115–130. Cuenca, 2004.

GARCÍA HUERTA, R., MORALES, F. J., VÉLEZ, J., SORIA, L. y RODRÍGUEZ, D.: “Hornos de pan en la Oretania septentrional”, *Trabajos de Prehistoria*, 63 (nº 1), 157–166. Madrid, 2006.

GARCÍA HUERTA, R. y RODRÍGUEZ, M.: “La génesis del Mundo Ibérico en la submeseta sur: el tránsito del Bronce Final – I Edad del Hierro en Alarcos”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 26, 47–68. Madrid, 2000.

GÓMEZ RUIZ, A.: “El Cerro de los Encaños (Villar del Horno, Cuenca)”, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 27, 265–350. Madrid, 1986.

GONZÁLEZ-CONDE, M. P.: “Los pueblos prerromanos de la Meseta Sur”, en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.) *Paleoetnología de la Península Ibérica* (Complutum, 2–3), 299–309. Madrid, 1992.

GONZÁLEZ GONZÁLEZ, J.: *Repoblación de Castilla la Nueva*. 2 vols. Madrid, 1975.

GONZÁLEZ PRATS, A.: *Nueva luz sobre la protohistoria del sudeste*. Alicante, 1990.

HERVÁS, M. A. y RETUERCE, M.: “Calatrava la Vieja, capital islámica de la región”, en L. de Benítez (coord.) *El Patrimonio Arqueológico de Ciudad Real. Métodos de Trabajo y Actuaciones más Recientes*, 297–322. Valdepeñas, 2000.

HERVÁS, M. A. y RETUERCE, M.: “La medina de Calatrava la Vieja en el s. XIII. Una primera aproximación”, *Arqueología y territorio medieval*, 12.2., 147–188. Jaén, 2005.

HERVÁS, M. A. y RETUERCE, M.: “Calatrava la Vieja, primera sede de la Orden Militar de Calatrava”, en Á. Madrid y L. R. Villegas (eds.) *El nacimiento de la orden de Calatrava. Primeros tiempos de expansión (siglos XII y XIII)*, *Actas del I Congreso Internacional con motivo del 850 aniversario de la fundación de la Orden de Calatrava*, 1158–2008 (Almagro, octubre 2008), 83–140. Instituto de Estudios Manchegos. Ciudad Real, 2009.

HERVÁS, M. A., RETUERCE, M. y THIRIOT J.: “Ensayo de prospección cartografiada sobre una zona de alfares en Calatrava la Vieja (Carrión de Calatrava,

- Ciudad Real, España), *VIII Congreso Internacional de Cerámica Medieval en el Mediterráneo* (Ciudad Real–Almagro, 2006), 2 vols., 995–1004. 2009.
- HERVÁS Y BUENDÍA, I.: *La Motilla de Torralba*. Mondoñedo, 1899.
- HERVÁS Y BUENDÍA, I.: *Diccionario histórico-geográfico de la provincia de Ciudad Real*. Ciudad Real, 1890.
- LÓPEZ ROZAS, J.: “El poblamiento ibérico en la Meseta Sur”, en *Iberos. Actas de las Primeras Jornadas sobre el Mundo Ibérico*, 335–347. Jaén, 1987.
- MARTÍN, C., FERNÁNDEZ-MIRANDA, M., FERNÁNDEZ-POSSE, M. D. y GILMAN, A.: “The Bronze Age of La Mancha”, *Antiquity*, 67, 23–45. London, 1993.
- MELERO, M., RETUERCE, M. y HERVÁS, M. A.: “Cerámica del siglo XIII en Calatrava la Vieja (Ciudad Real)”, *VIII Congreso Internacional de Cerámica Medieval en el Mediterráneo* (Ciudad Real–Almagro, 2006), 2 vols., 759–772. 2009.
- MORALES HERVÁS, F. J.: *El poblamiento de la época ibérica en la provincia de Ciudad Real*. Ediciones de la Universidad de Castilla–La Mancha (Colección Monografías). Cuenca, 2010.
- MOREL, J.–P.: *Cerámique Campanienne: les Formes*. École Française de Rome. Rome, 1981.
- NÁJERA, T. y MOLINA, F.: “Las motillas. Un modelo de asentamiento con fortificación central en la llanura de La Mancha”, en M. R. García y J. Morales (coords.) *La Península Ibérica en el II Milenio A. C.: Poblados y Fortificaciones*, 173–214. Cuenca, 2004.
- ORFILA, M.: “Terra sigillata hispánica tardía meridional”, *AEspA*, 66, 125–147. Madrid, 1993.
- ORFILA, M.: “Producciones de vajilla en la parte meridional de la península Ibérica en el Bajo Imperio”, en A. Malpica y J. C. Carvajal (eds.) *Estudios de Cerámica Tardorromana y Altomedieval*, 83–105. Granada, 2007.
- ORFILA, M.: “La vajilla Terra Sigillata Hispánica Tardía Meridional”, en D. Bernal y A. Ribera (eds.) *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, 541–551. Cádiz, 2008.
- ORFILA, M. y CASADO, P. J.: “Cerámicas de vajilla durante el Bajo Imperio en Andalucía Oriental. Relación entre TSHTM y producciones norteafricanas”, en *L’Africa Romana XI*, 979–991. Sassari, 1996.
- PATIÑO GÓMEZ, M. J.: “Estado actual de la investigación sobre la cerámica griega en Castilla–La Mancha”, en *I Congreso de Historia de Castilla–La Mancha. Tomo III. Pueblos y Culturas Prehistóricas y Protohistóricas* (2), 301–308. Toledo, 1988.
- PENEDO COBO, E., CABALLERO CASADO, C. y SÁNCHEZ-HIDALGO, F.: “La ocupación de la Segunda Edad del Hierro en el Arroyo Culebro (Leganés)”, en E. Penedo (com.) *Vida y Muerte en Arroyo Culebro (Leganés)*. Catálogo de la Exposición (Madrid, 2001), 71–124. Madrid, 2001.
- PÉREZ, R y RETUERCE, M.: “Tinajas impresas bajomedievales con caligrafía procedentes de Calatrava la Vieja”, *VIII Congreso Internacional de Cerámica Medieval en el Mediterráneo*, (Ciudad Real–Almagro, 2006), 2 vols., 1005–1013. 2009.
- POYATO, C. y ESPADAS, J. J.: “El Cerro de El Castellón (Villanueva de los Infantes, Ciudad Real): la cabecera del Jabalón durante el III milenio”, en J. Sánchez et alii (coords.) *Jornadas de Arqueología de Ciudad Real en la Universidad Autónoma de Madrid*, 41–68. Toledo. 1994.
- RETUERCE, M.: “Calatrava la Vieja. Diez años de investigación arqueológica”, en J. Sánchez et alii (coords.) *Jornadas de Arqueología de Ciudad Real en la Universidad Autónoma de Madrid*, 211–241. Toledo. 1994.
- RETUERCE, M. y HERVÁS, M. A.: “Excavaciones arqueológicas en Calatrava la Vieja. Planteamientos y principales resultados”, en *Investigaciones Arqueológicas en Castilla–La Mancha, 1996–2002*. (Patrimonio Histórico–Arqueología. Castilla–La Mancha, 18), 381–394. Toledo, 2004.
- RETUERCE, M., HERVÁS, M. A. y JUAN, A. de: “La cerámica islámica de Calatrava la Vieja y Alarcos. Nuevos hallazgos”, *VIII Congreso Internacional de Cerámica Medieval en el Mediterráneo*, (Ciudad Real–Almagro, 2006), 2 vols., 729–758. 2009.
- RUIBAL, A.: *Calatrava la Vieja. Estudio de una fortaleza medieval*. Ciudad Real, 1984.
- RUIBAL, A.: “Aportación al mapa arqueológico de Castilla–La Mancha: hallazgos cerámicos del periodo del Bronce y la época ibérica en Ciudad Real”, en *I Congreso de Historia de Castilla–La Mancha. Tomo III. Pueblos y Culturas Prehistóricas y Protohistóricas* (2), 229–245. Toledo, 1988.
- RUIZ, A. y MOLINOS, M.: “Las fuentes del Guadalquivir. Límites y fronteras para el norte de la Bastetania”, en A. M. Adroher y J. Blánquez (eds.) *Ier Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana*. Universidad Autónoma de Madrid, Serie Varia, 9, 51–72. Madrid, 2008.
- RUIZ ZAPATERO, G. y LORRIO ALVARADO, A.: “Elementos e influjos de tradición de ‘Campos de Urnas’ en la Meseta sudoriental”, en *I Congreso de Historia de Castilla–La Mancha. Tomo III. Pueblos y Culturas Prehistóricas y Protohistóricas* (2), 257–267. Toledo, 1988.
- SÁNCHEZ, C.: “Las copas tipo Cástulo en la península Ibérica”, *Trabajos de Prehistoria*, 49, 327–333. Madrid, 1992.
- SPARKES, B. A. and TALCOTT, L.: *The Athenian Agora. Black and Plain Pottery of the 6th, 5th and 4th centuries B.C.* Princeton, 1970.
- TORRES BALBÁS, L.: “Ciudades yermas de la España musulmana”, *BRAH*, CXLI, 17–218. Madrid, 1957.
- URBINA, D., MORÍN, J., ESCOLÁ, M., AGUSTÍ, E., LÓPEZ, G., VILLAVERDE, R. y MORENO, M.: “Las actividades artesanales”, en S. Quero et alii (coords.) *El Cerro de la Gavia. El Madrid que Encontraron los Romanos*. Catálogo de la Exposición (Madrid, 2005), 177–211. Madrid, 2005.

- VÉLEZ RIVAS, J. y PÉREZ AVILÉS, J. J.: "El yacimiento protohistórico del Cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real)", *Oretum*, III, 167–196. Ciudad Real, 1987.
- VÉLEZ RIVAS, J. y PÉREZ AVILÉS, J. J.: "Oretanos en la meseta sur. El yacimiento ibérico del Cerro de las Cabezas", *Revista de Arqueología*, 213, 46–55. Madrid, 1999.
- VÉLEZ RIVAS, J. y PÉREZ AVILÉS, J. J.: "Un espacio de culto del siglo V en el Cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real)", en J. Jiménez (ed.) *Sidereum Ana I. El Río Guadiana en Época Post-orientalizante*. Anejos de AEspA, XLVI, 37–59. Mérida, 2008.
- VÉLEZ RIVAS, J. y PÉREZ AVILÉS, J. J.: "El bastión–almacén del Cerro de las Cabezas, Valdepeñas", en R. García Huerta y D. Rodríguez González, (eds.) *Sistemas de Almacenamiento entre los Pueblos Prerromanos Peninsulares*, 241–256. Cuenca, 2009.
- VÉLEZ RIVAS, J. y PÉREZ AVILÉS, J. J. 2010: "El *oppidum* ibérico del Cerro de las Cabezas. Estructuras de culto (Valdepeñas, Ciudad Real)", en T. Tortosa y S. Celestino (eds.) *Debate en torno a la Religiosidad Protohistórica*. Anejos de AEspA, LV, 21–36. Madrid.
- ZARZALEJOS PRIETO, M. y ESTEBAN BORRAJO, G.: "La secuencia defensiva de La Bienvenida–*Sisapo* (Almodóvar del Campo, Ciudad Real). El flanco suroriental de la fortificación", en L. Berrocal y P. Moret (eds.) *Paisajes Fortificados de la Edad del Hierro. Las Murallas Protohistóricas de la Meseta y la Vertiente Atlántica en su Contexto Europeo*. Actas del Coloquio Celebrado en la Casa de Velázquez (octubre de 2006). BAH, 28, 281–303. Madrid, 2007.
- ZARZALEJOS PRIETO, M., FERNÁNDEZ OCHOA, C., HEVIA GÓMEZ, P. y ESTEBAN BORRAJO, G.: "Excavaciones en La Bienvenida (Ciudad Real). Hacia una definición preliminar del horizonte histórico–arqueológico de la *Sisapo* antigua", en J. Sánchez *et alii* (coords.) *Jornadas de Arqueología de Ciudad Real en la Universidad Autónoma de Madrid*, 169–194. Toledo, 1994.
- ZARZALEJOS PRIETO, M., FERNÁNDEZ OCHOA, C., HEVIA GÓMEZ, P. y ESTEBAN BORRAJO, G.: "Cerámicas griegas de *Sisapo* (La Bienvenida, Ciudad Real)", *XXII CNA* (Vigo, 1993), 183–189. Zaragoza, 1995.

IX PIES DE FIGURA

- Fig. 1. Localización de Calatrava la Vieja en la Península Ibérica y en el alto Guadiana.
- Fig. 2. Vista aérea del cerro de Calatrava desde el oeste, con la alcazaba al fondo y el Guadiana a la izquierda.
- Fig. 3. Vista aérea del cerro de Calatrava, desde el norte, con el Guadiana abajo.
- Fig. 4. Fragmento cerámico del Bronce Final (Cogotas I).
- Fig. 5. Hacha pulimentada quizá del Bronce Final.
- Fig. 6. Fragmentos cerámicos a mano, carenados.
- Fig. 7. Fragmento cerámico con decoración acanalada, de influencia Campos de Urnas.
- Fig. 8. Topografía de Calatrava, con las estructuras medievales (en color) y los puntos en los que aparecen restos de la muralla ibérica (círculos negros).
- Fig. 9. Muralla ibérica seccionada.
- Fig. 10. Sección transversal de la muralla ibérica.
- Fig. 11. Zona basal de la muralla ibérica con inicio de uno de los bastiones (dcha.).
- Fig. 12. Cerámica a mano del Hierro I y del Ibérico Antiguo.
- Fig. 13. Cerámica a torno pintada, del Ibérico Antiguo.
- Fig. 14. Tinajilla de tipo urna con pintura roja vinosa, del Ibérico Antiguo.
- Fig. 15. Plato gris a torno, bruñido, del Ibérico Antiguo.
- Fig. 16. Cerámica del Ibérico Pleno. A–D, a torno pintadas. E, plato gris con decoración bruñida interior. F, olla a mano con baquetón decorado con incisiones oblicuas. A diferentes escalas.
- Fig. 17. Cerámica del Ibérico Pleno. Fragmentos pintados y estampados de *tipo Valdepeñas* (a diferentes escalas).
- Fig. 18. Cerámica del Ibérico Pleno. Fragmentos pintados y estampados de *tipo Valdepeñas* (cont.).
- Fig. 19. Selección de cerámicas griegas. A, copa de tipo Cástulo. B, *kylix*. C, *scyphos* de barniz negro.
- Fig. 20. Selección de cerámicas griegas (cont.). A diferentes escalas.
- Fig. 21. Fusayolas.
- Fig. 22. *Pondus* con aspa incisa en uno de sus lados.
- Fig. 23. Soporte de cerámica gris deformado durante la cocción por exceso de fuego.
- Fig. 24. Calatrava la Vieja en el contexto de los *oppida* de Ciudad Real y sur de Toledo (basado en Morales Hervás, 2010, con modificaciones). 1, Calatrava la

Vieja; 2, Alarcos–*Lacurris*; 3, Toriles; 4, *Oretum*; 5, La Bienvenida–*Sisapo*; 6, Cerro de Las Cabezas; 7, Cabeza de Buey; 8, El Castillo; 9, Almedina; 10, *Mentesa Oretana*; 11, Alhambra–*Laminium*; 12, Santuario de la Virgen de Criptana; 13, Consuegra–*Consabura*.

Fig. 25. Cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real). Epígrafe en ibérico meridional (foto y dibujo, Julián Vélez y Javier Pérez).

X NOTAS

- (1) Es decir, han sido un total de 27 años, pues, a consecuencia de la situación económica de España, en general, y de la región, en particular, se han interrumpido en 2011.
- (2) Denominada como de la Dehesa de Carrión por García Huerta, Izquierdo y Onrubia (1994, p. 29, n.º 177).
- (3) La elaboración de las Cartas Arqueológicas de los mencionados términos municipales de la provincia de Ciudad Real fue dirigida por los autores del presente trabajo en el año 2005.
- (4) Declarada o tácitamente, la mayor parte de los investigadores son de la opinión de que los oretanos constituyen un pueblo ibérico más (por ejemplo, Almagro-Gorbea, 1999, pp. 33–34; García Alonso, 2008, p. 346; Morales Hervás, 2010, p. 274) porque la cultura material y algún autor clásico (Polibio, por ejemplo) así lo indican, si bien se admite que existen importantes elementos que apuntan hacia una progresiva celtización, como pueden ser, entre otros, buena parte de sus topónimos.

Junto al poblado de Toriles (Villarrubia de los Ojos), al ubicado en el Santuario de la Virgen de Criptana (Campo de Criptana) y al Cerro de las Nieves (Pedro Muñoz), Calatrava estaría entre los núcleos más septentrionales de la Oretania. En alguna ocasión se ha sugerido que más que oretana pudiera haber sido carpetana, pero esta hipótesis creemos que es muy poco verosímil si consideramos tanto las fuentes como la cultura material. Como ha señalado M. P. García-Bellido, el mismo nulo interés que tuvieron las ciudades de la Oretania septentrional por acuñar moneda, salvo esa corta emisión de *Sisapo* y siempre que la consideremos oretana y no betur, las aproxima más a los pueblos ibéricos que a los indoeuropeos (García-Bellido, 2007, pp. 211 y 214).

El límite entre los territorios de carpetanos y oretanos debió de estar no en el mismo Guadiana, como habitualmente se cree, sino algo más al norte, pues parece lógico pensar que el territorio rural de captación de recursos de Calatrava se extendiese varios kilómetros al norte del río. Como ya estamos acostumbrados a ver entre otras entidades étnicas peninsulares, debió de ser un límite bastante difuso, situado en zonas rurales consideradas “tierra de nadie” que, a nuestro juicio, sería una amplia franja de terreno que discurriría a medio camino entre *Consabura*, ubicada en el Cerro Calderico (Consuegra), y el Guadiana. Comparando la cultura material que vamos conociendo de Consuegra con la de Calatrava, las diferencias son bastante apreciables en el sentido de que la de la primera tiene muchos elementos de conexión con la carpetana y la de la segunda es típicamente ibérica.

- (5) A otros, por el contrario, o bien les han pasado desapercibidos o sencillamente no han considerado de interés referirse a ellos como demostrativos de la existencia de un poblado oretano (González-Conde, 1992).
- (6) Una síntesis puede verse en Morales Hervás, 2010, pp. 187–204.

- (7) Agradecemos al Dr. Blánquez Pérez su ayuda en la identificación de estas producciones.
- (8) Agradecemos a Julián Vélez y Javier Pérez, directores de las excavaciones del yacimiento, la amabilidad que han tenido al proporcionarnos una fotografía y un dibujo de la pieza.